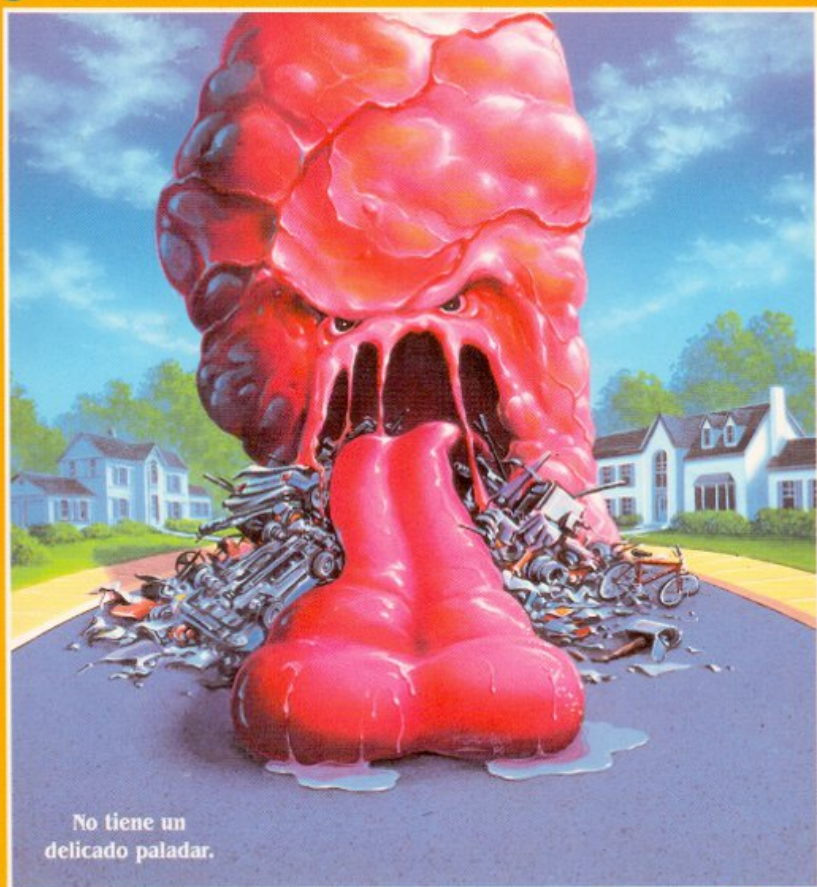


R. L. STINE

pesadillas®

El monstruo baboso



No tiene un
delicado paladar.

de

Zackie Beauchamp quiere convertirse en un famoso novelista. Por eso ahora está escribiendo una historia sobre un monstruo baboso gigante, ¡una criatura rosa y viscosa capaz de engullir una ciudad entera!

Y entonces Zackie encuentra una máquina de escribir en una tienda de antigüedades quemada. Se la lleva a casa y empieza a teclear su historia, pero en ese artefacto hay algo extraño. Algo muy peligroso, que hace que cada palabra escrita por Zackie se convierta en realidad...



R. L. Stine

El monstruo baboso

Pesadillas - 53

ePub r1.2

Titivillus 15.04.16

Título original: *Goosebumps #55: The Blob that ate everyone*

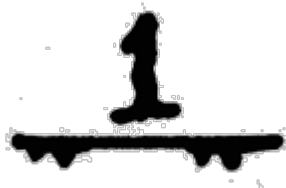
R. L. Stine, 1997

Traducción: Marc Fahey

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





—Antes creía en monstruos —dijo Alex, subiéndose las gafas. Hizo una mueca con la nariz. Con la cara rosada y las mejillas redondas, la chica parecía un conejito alto y rubio—. Cuando era pequeña pensaba que en el cajón de los calcetines vivía un monstruo —me contó Alex—. No te lo vas a creer, Zackie, pero nunca he abierto ese cajón. Solía llevar zapatos sin calcetines y a veces incluso intentaba ir descalza al parvulario. ¡La sola idea de abrir el cajón me aterrorizaba porque sabía que el monstruo de los calcetines me comería la mano!

Se puso a reír. Alex tiene una risa un tanto extraña; de hecho, se parece más a un silbato que a una carcajada: «¡xixixixi!, ¡xixixixi!».

Meneó la cabeza y su cola de caballo rubia se movió con ella.

—Ahora que ya tengo doce años soy mucho más lista —prosiguió—. Ya sé que los monstruos no existen.

Eso fue lo que dijo Alex dos segundos antes de que el monstruo nos atacara.

Durante las vacaciones de Semana Santa Alex y yo salimos a buscar cosas. Así matamos el tiempo cuando no se nos ocurre nada mejor que hacer.

Unas veces recogemos hierbajos de aspecto extraño, otras, bichos y hojas con formas raras. En una ocasión nos dedicamos a buscar piedras que se parecieran a gente famosa, pero el juego no duró mucho rato porque encontramos muy pocas.

Si creéis que Norwood Village es una ciudad aburrida, ¡habéis acertado! Al menos era aburrida hasta que el monstruo atacó.

Alex Iarocci, mi mejor amiga, vive en la casa de al lado. Adam Levin, que reside en la otra punta de la ciudad, también es mi mejor amigo. ¡Siempre he opinado que se deben tener muchos mejores amigos!

No estoy seguro de por qué Alex tiene nombre de chico. Creo que es un apócope de Alexandria, pero ella no tiene intención alguna de decírmelo. Se pasa todo el día quejándose de su nombre porque le da muchos quebraderos de cabeza. El año pasado, en la escuela, pusieron a Alex en la clase de gimnasia de los chicos y las cartas que recibe van dirigidas al señor Alex Iarocci.

A veces a la gente también le cuesta decir mi nombre: Zackie Beauchamp. El apellido se pronuncia BOOCH-am, pero a nadie le sale. Os preguntaréis porque hablo tanto sobre los nombres. Creo que sé por qué. El caso es que cuando el monstruo baboso atacó, yo estaba tan asustado ¡que olvidé cómo me llamaba!

Alex y yo habíamos decidido ir a recoger gusanos, sólo de los morados, nada de gusanos marrones, lo que hacía la búsqueda algo más interesante.

El día anterior había caído una lluvia de primavera, larga y continua. Los jardines de nuestra casa aún estaban suaves y esponjosos. Los gusanos asomaban por la hierba mojada en busca de aire y se arrastraban hasta la calle.

Alex y yo estábamos en cuclillas, buscando gusanos morados, cuando oí un chapoteo fortísimo detrás de mí. Me volví rápidamente y me quedé boquiabierto al ver al monstruo.

—¡Alex, mira!

Ella también se dio la vuelta y soltó un sonido como de silbato: «¡xiiiiii!», sólo que esta vez no reía.

Dejé caer el gusano que llevaba y di un enooooorme paso hacia atrás.

—¡Pa... parece un corazón humano gigante! —exclamó Alex, y tenía razón.

El monstruo avanzó chapoteando hacia nosotros por la hierba. Se acercaba como una pelota de playa descomunal, más alta que Alex y que yo. ¡Casi tan alta como la puerta del garaje!

Era rosa, estaba mojado y palpitaba. BRUM BRRUUM BRUMMM. Latía como un corazón.

Tenía dos diminutos ojos negros que brillaban y miraban al

frente. Encima del amasijo de baba rosa me pareció ver serpientes enroscadas, pero cuando me fijé bien descubrí horrorizado que no eran tal cosa, sino gruesas venas moradas, arterias recogidas en un nudo.

BRRUUUM BRUM BRUMM. El monstruo siguió palpitando y avanzando.

—¡Aaaah! —grité al ver el rastro pegajoso de baba blanca que la criatura iba dejando en la hierba.

Alex y yo retrocedíamos con pasos de gigante porque no queríamos dar la espalda a aquella criatura asquerosa.

—¡Ah, aah, aah! —solté un alarido de terror. ¡El corazón me latía a cien por hora!

Di otro paso hacia atrás y luego otro. Mientras retrocedía vi cómo, en medio de la criatura, se abría una grieta. Primero pensé que la masa de baba rosa se estaba resquebrajando, pero a medida que la raja se volvía más grande, caí en la cuenta de que me encontraba enfrente de su boca.

La boca se abrió más y más, ¡tanto que podía tragarse a una persona entera! Entonces, de ella cayó pesadamente una enorme lengua morada, que hizo un PLAF mojado al golpear la hierba.

—¡Aaaaaaah! —volví a gritar. Se me retorció el estómago y estuve a punto de vomitar lo que había comido.

La punta de la lengua tenía forma de pala, una pala gruesa, pegajosa y morada, ¿quizá para arrastrar a la gente hasta la boca?

De la boca del monstruo cayó baba espesa y blanca.

—Está... está babeando... —dije, atragantándome.

—¡Corre! —exclamó Alex.

Me di la vuelta, tropecé y me caí al borde de la calle, y aterricé sobre mis codos y rodillas. Miré atrás y vi que aquella boca rosa y babeante se abría más y más, mientras la lengua me envolvía... y me arrastraba... me arrastraba hacia la boca.

2

Alex me miraba con la boca abierta.

—¡Zackie, es fantástico! —exclamó.

Adam se frotó el pelo negro y rizado e hizo una mueca.

—¿Y a eso le llamas tú aterrador? —Puso los ojos en blanco—. Eso da tanto miedo como el cuento de *Ricitos de Oro y los tres osos*.

Sostuve las páginas de mi historia con una mano, las enrollé y me abalancé con ellas sobre Adam, que se echó a reír y me esquivó.

—¡Es una historia fantástica! —repitió Alex—. ¿Qué título le has puesto?

—Pues *La aventura del monstruo baboso* —contesté.

—¡Ostras! —exclamó Adam sarcásticamente—. ¿Y la has escrito tú solito?

Alex dio un empujón a Adam, que aterrizó en el sofá.

—Deja a Zackie en paz —refunfuñó Alex.

Los tres habíamos quedado en casa de Adam y ahora estábamos apretujados como sardinas en lo que sus padres llamaban la sala de recreo, una habitación diminuta, sólo con un sofá y un televisor.

Eran las vacaciones de Semana Santa y nos habíamos reunido porque no teníamos nada mejor que hacer. La noche anterior me había quedado levantado hasta medianoche escribiendo mi historia de miedo sobre el monstruo baboso.

De mayor quiero ser escritor. Me paso todo el tiempo escribiendo historias de miedo y luego se las leo a Alex y a Adam. Siempre reaccionan de la misma manera. A Alex le gustan mis historias y cree que dan realmente miedo. Dice que son tan buenas que le producen pesadillas. Adam, en cambio, dice que no asustan

ni una pizca y que él puede escribir historias mejores con una mano atada a la espalda, pero el caso es que nunca lo ha hecho.

Adam es robusto con las mejillas sonrojadas y la cara rechoncha. Se parece un poco a un oso. Le gusta dar puñetazos a la gente y buscar pelea únicamente para divertirse, aunque en el fondo es un buen chico, sólo que no le gusta nada de lo que escribo.

—¿Qué hay de malo en esta historia? —le pregunté.

Los tres estábamos embutidos en el sofá, ya que no había ningún otro sitio donde sentarse.

—Las historias nunca me dan miedo —respondió Adam. Atrapó una hormiga que andaba por el brazo del sofá, se la colocó entre el pulgar y el dedo corazón y la disparó en mi dirección, pero falló el tiro.

—A mí me parece que la historia da mucho miedo —replicó Alex—. La descripción es muy buena.

—Los libros y las historias nunca me dan miedo —insistió Adam—. Sobre todo las de monstruos tontos.

—Entonces ¿qué te asusta? —preguntó Alex.

—Nada —alardeó Adam—. Las películas tampoco me asustan. No hay nada que me asuste.

En aquel momento abrió la boca en un grito de terror. Los tres gritamos. Saltamos del sofá en el momento en que un chirrido terrorífico se apoderaba de la habitación y una sombra negra barría el suelo.

3

La sombra se abalanzó hacia nuestros pies con tanta rapidez que a duras penas la vi. Noté que algo me rozaba el tobillo. Algo suave y fantasmagórico.

—¡Uaaaa! —gritó Adam.

Oí unos pasos acelerados desde la sala de estar. El señor Levin, el padre de Adam, abrió la puerta de golpe. Con el pelo negro y rizado, y el cuerpo redondo como el de un oso, el señor Levin se parece mucho a Adam.

—¡Lo siento! —exclamó—. He pisado al gato. ¿Lo habéis visto pasar por aquí?

Ninguno de nosotros le respondió. Estábamos tan asombrados, que los tres nos echamos a reír.

El señor Levin frunció el entrecejo.

—No le veo la gracia —murmuró. Vio al gato escondido al lado del sofá, lo atrapó y se fue a toda prisa, mientras nosotros nos dejábamos caer en el sofá. Todavía me costaba respirar y aún podía notar al gato rozándome el tobillo.

—¿Lo ves, Zackie? —gritó Adam, dándome una palmada en la espalda con fuerza, con tanta fuerza que casi me caigo del sofá—. El gato nos ha asustado mucho más que cualquiera de tus historias.

—¡Que te crees tú eso! —insistí—. Soy capaz de escribir una historia que dé más miedo que eso. Ese gato tonto nos pilló por sorpresa.

Alex se quitó las gafas y limpió los cristales con la camiseta.

—¡Menudo chirrido ha pegado ese gato! —exclamó, moviendo la cabeza.

—A mí no me ha asustado ni pizca —afirmó Adam—. Tan sólo pretendía asustaros a vosotros, chicos.

Se incorporó y empezó a frotarme la cabeza con la palma de la mano.

¿No odiáis que la gente os haga eso?

Le pegué un sopetón tan fuerte como pude, pero él se puso a reír.

Alex y yo nos quedamos a cenar. La señora Levin es una cocinera excelente. Cuando se acerca la hora de la cena siempre procuramos estar en casa de Adam porque siempre nos invita a quedarnos.

Ya había oscurecido cuando Alex y yo emprendimos el camino de regreso a casa. Había habido tormenta ayer y casi todo el día de hoy. El césped relucía por la lluvia y la calle mojada reflejaba el brillo de las farolas.

Oía el estruendo de los truenos en la lejanía. Mientras Alex y yo andábamos por la acera, el agua fría de lluvia posada en los árboles nos caía encima.

Adam vive al otro lado de Norwood Village, aunque el camino no es muy largo, sólo un cuarto de hora. Habíamos caminado por espacio de cinco minutos cuando llegamos a una calle con unos cuantos comercios.

—¡Eh! —grité cuando apareció a la vista la tienda de antigüedades—. ¡La han... la han destruido!

—¡Es como si una bomba le hubiese dado de lleno! —exclamó Alex.

Nos quedamos en la esquina, observando la tienda desde el otro lado de la calle. Parte del tejado se había venido abajo, las ventanas estaban despedazadas y una pared se había derrumbado. Las tejas de las paredes y del tejado estaban carbonizadas.

—¿Habrá habido un incendio? —me pregunté mientras cruzaba la calle.

—Un rayo —respondió una voz de mujer.

Me di la vuelta y vi a dos chicas en la acera, junto a la tienda.

—La alcanzó un rayo —explicó una de ellas—. Ayer, durante la gran tormenta, el rayo provocó un incendio.

—¡Menudo desastre! —añadió la otra chica en medio de un suspiro, mientras se sacaba las llaves del coche del bolsillo. Las dos

chicas desaparecieron al girar la esquina, chismorreando sobre la tienda de antigüedades.

Alex y yo nos acercamos al establecimiento.

—¡Dios mío, huele que apesta! —gruñó Alex, tapándose la nariz.

—Huele a quemado —respondí. Miré al suelo y vi que me había metido en un charco profundo. Salté hacia atrás.

—Está todo empapado —murmuró Alex—. Será de las mangueras de los bomberos, supongo.

Una ráfaga de viento abrió la puerta delantera de golpe.

—¡Está abierta! —exclamé.

La puerta había sido precintada, pero el precinto se había roto. En ella colgaba un enorme cartel de color amarillo que, en letras negras, decía: PELIGRO-NO PASAR.

—Alex, vamos a echar un vistazo —insté.

—¡Lo llevas claro! Zackie, ¡no vayas! —gritó Alex.

Demasiado tarde. Ya estaba dentro.

4

Di un par de pasos en el interior de la tienda y esperé hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Caía agua por todos lados. Las estanterías de una pared se habían volcado. El suelo encharcado estaba lleno de jarrones, lámparas y pequeñas estatuas rotas.

—¡Zackie...! —Alex me tiró del hombro—. ¡Zackie, sal de ahí! —susurró—. Es muy peligroso.

—Deja la puerta abierta —le pedí—. Necesitamos la luz de la calle.

—Pero ¿qué quieres ver?

Su voz retumbó por encima del sonido de las gotas de agua al caer. Me estiró del otro brazo, arrastrándome hacia fuera.

—Vamos, ya has leído el cartel. El edificio entero se nos puede caer encima.

Me solté el brazo de una sacudida. Mis zapatos chapoteaban mientras caminaba, ya que la moqueta estaba empapada.

—Sólo quiero echar un vistazo —le expliqué con impaciencia—. ¡Es genial!

—De genial no tiene nada —me contradijo—. Esto es una estupidez.

Colgadas de una pared nos observaban una fila de espantosas máscaras antiguas. Unasladeaban en ángulos curiosos, otras nos observaban desde aquellos puntos del suelo donde habían caído. La cara anterior de un alto reloj de madera estaba carbonizada. Señuelos de madera con forma de pato yacían de lado, quemados y resquebrajados. Al oír un crujido sobre la cabeza di un salto. Alex

gritó de sorpresa. Levanté los ojos hacia el techo. Una parte había cedido. ¿Nos caería el resto encima?

—¡Zackie, vámonos! —me instó Alex, cuyos zapatos chapotearon en la moqueta empapada al retroceder hacia la puerta.

La puerta se cerró detrás de nosotros con un golpe seco. Me di la vuelta y vi que el viento la había vuelto a abrir. PLINC PLINC; gotas de agua fría me cayeron en el hombro.

—¡Si no vienes, me largo sin ti! —me gritó Alex—. Lo digo en serio, Zackie.

—Está bien, está bien —refunfuñé—. Ya voy. Sólo quería saber qué ha ocurrido.

—¡Date prisa! —se impacientó Alex. Tenía medio cuerpo fuera de la tienda. Me di la vuelta y empecé a seguirla, pero me detuve cuando algo que había en una estantería alta llamó mi atención.

—Eh, Alex —la llamé—. ¡Mira!

Señalé en dirección a una vieja máquina de escribir.

—¡Ostras! Mi padre tenía una igual cuando yo era muy pequeño —dije.

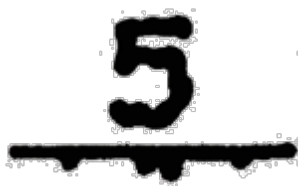
—Zackie, me voy —me avisó Alex.

—¡Me encantan las máquinas de escribir antiguas! —grité—. Mira, Alex, me parece que el fuego no la ha tocado. Creo que aún funcionará. Déjame comprobarlo, ¿vale?

No esperé a que ella me respondiese. Crucé la habitación, me dirigí a la estantería y, de puntillas, alcancé la vieja máquina de escribir.

—¡AAAAAAUU!

Sentí una sacudida de dolor que me recorrió todo el cuerpo, me sorprendió y me dejó sin aliento. Oí un chisporroteo eléctrico por encima de mi grito de sorpresa y me encorvé, indefenso, en el momento en que el disparo de una llama azul brillante me daba de lleno.



Azul.

Lo vi todo azul. El azul más intenso que jamás había visto.

Me di cuenta de que estaba flotando en el cielo. No pesaba en absoluto y flotaba en el cielo azul, azul.

El azul se tornó blanco.

¿Seguía flotando? ¿Me movía? ¿Respiraba?

Hice todo lo posible para hablar, para gritar, para emitir un sonido cualquiera.

El blanco se tornó rápidamente gris y luego, negro.

—Ohhhh —me oí quejarme.

Todo estaba muy oscuro. La oscuridad me rodeaba.

Parpadeé. Volví a parpadear y caí en la cuenta de que estaba observando la oscuridad de la tienda de antigüedades completamente destruida.

—¿Zackie? ¿Zackie?

Escuché mi nombre. Oí cómo Alex lo repetía. Me aclaré la garganta, me senté e inspeccioné la tienda a toda prisa.

—¿Zackie? Zackie, ¿te encuentras bien?

Intenté despabilarme. Un hormigueo me recorrió todo el cuerpo. Un hormigueo y un zumbido, como si la corriente eléctrica se hubiese apoderado de mí.

—¿Cómo he ido a parar al suelo? —pregunté débilmente.

Alex se inclinó sobre mí y me puso una mano sobre el hombro.

—Te ha pasado la corriente —explicó, mirándome con los ojos entrecerrados a través de sus gafas—. Debe de haber caído un cable o algo así.

Me froté la nuca. No podía detener ni el extraño cosquilleo, ni aquel zumbido incesante en mis oídos.

—Vaya —murmuré.

—Ha sido una descarga eléctrica espantosa —comentó Alex suavemente—. Tenía... tenía tanto miedo. Te rodeó una llama azul. Todo tu cuerpo... se volvió azul brillante.

—Vaya —repetí mientras seguía intentando despabilarme.

—Levantaste las manos —continuó Alex— y luego te doblaste en dos y caíste al suelo. Pe... Pensé... —Su voz se quebró.

PLINC PLINC.

Volví a oír caer el agua. El zumbido en mis oídos había cesado.

Me puse de pie con el paso aún inseguro. Estiré los brazos por encima de la cabeza, intentando detener aquel extraño cosquilleo.

La vieja máquina de escribir volvió a llamar mi atención.

—Zackie, ¿qué estás haciendo? —gritó Alex.

Me moví con cuidado hacia la estantería, rodeando un charco de agua que había en la moqueta. Respiré hondo, me puse de puntillas, estiré los brazos y bajé la vieja máquina de escribir.

—¡Caray, pesa una tonelada! —exclamé—. ¡Está hecha de metal sólido!

La sostuve en mis manos y la examiné. La lisa superficie negra atrapó el resplandor de la luz de la farola de la calle. Las teclas redondas me observaban.

—¡Es magnífica! Alex, esta máquina es realmente perfecta para escribir historias de miedo.

—¿Estás loco? —me increpó Alex—. ¡Zackie, me parece que la descarga eléctrica te ha dejado algo confundido!

—¿Quieres mirarla? —insistí excitado—. ¡Es perfecta, perfecta!

Alex puso los ojos en blanco.

—Tienes un ordenador nuevo en casa —me recordó— y tu madre te dio su antigua impresora láser, ¿te acuerdas?

—Ya lo sé, ya lo sé —refunfuñé.

—Puedes imprimir ocho páginas por minuto —continuó Alex—. ¿Para qué necesitas una máquina de escribir tan vieja?

—La necesito porque es perfecta —le dije—. ¡Perfecta! ¡Perfecta!

—Deja ya de repetir esa palabra —saltó Alex—. ¿Estás seguro de que te encuentras bien? Fue una descarga eléctrica espantosa, quizá debería avisar a tus padres.

—No, no, estoy bien —insistí. La máquina de escribir empezaba a pesarme—. Larguémonos de aquí.

Cargado con la máquina de escribir, me dirigí hacia la puerta, pero Alex me bloqueó el paso.

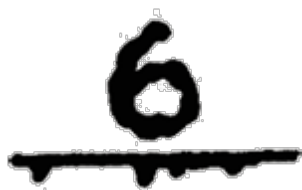
—¡No puedes llevártela sin más! —me regañó—. No es tuya. Lo que estás haciendo se llama robar.

Le dediqué la mejor de mis muecas.

—Alex, no seas tonta. Todo lo que hay en esta tienda está destrozado. A nadie le importará si me llevo...

Me detuve, soltando un «oh» de sorpresa al oír el chapoteo de pies sobre la moqueta mojada. Luego oí a alguien toser. Me volví en busca de Alex y descubrí el miedo en su rostro. También había oído aquellos ruidos.

—Zackie, no estamos solos —susurró.



Otro chapoteo, esta vez más cerca.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Un poco más y dejó caer la máquina de escribir.

—Escondámonos —susurré. No había sido necesario que lo sugiriese. Alex ya se había escurrido detrás de un expositor.

Dejé la máquina de escribir en el suelo, me deslicé detrás del expositor y me acurruqué cerca de Alex.

Volví a oír la tos de alguien y luego un círculo de luz recorrió la moqueta mojada. Era el pálido destello amarillo de una linterna.

Tras examinar el suelo comenzó a escalar por el expositor. Alex y yo nos encogimos. El círculo de luz pasó por encima de nuestras cabezas.

Las piernas me temblaban. Me sujeté en la parte trasera del expositor con ambas manos para no caerme.

—¿Hola? —llamó una voz de mujer—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Alex me miró y me hizo una señal con la cabeza, preguntando en silencio si debíamos salir y entregarnos. Negué con la cabeza. ¿Cómo podríamos explicar qué hacíamos en la tienda? ¿Cómo íbamos a explicar por qué nos escondíamos?

«Quizá la mujer se marche y no nos encuentre. ¿Quién es? —me pregunté—. ¿Será suya la tienda?».

Asomé la cabeza y vi a la mujer de lado. Era afroamericana, de pelo corto y oscuro. Llevaba un impermeable largo. Movié la luz de la linterna a lo largo de la pared de atrás e iluminó la estantería caída, las antigüedades rotas. Sus pasos golpeaban la moqueta mojada.

—¿Hola? —llamó—. ¿Ha entrado alguien?

Aguanté la respiración.

«Vete, por favor —rogué en silencio—. No nos descubras».

La mujer se volvió y detuvo la luz de la linterna en la máquina de escribir que había en medio del suelo. Mantuvo la luz y observó la máquina. Sabía lo que estaba pensando: «¿Cómo habrá llegado la máquina de escribir hasta ahí?».

Despacio, levantó la luz hasta el expositor. ¡Nos estaba mirando! ¿Podría vernos escondidos detrás de él? La sangre se me heló y me quedé quieto como una estatua.

¿Nos había visto?

No.

Murmuró algo para sí y apagó la luz. Sus pasos se alejaron.

Pestañeeé en la súbita oscuridad. Me di cuenta de que seguía aguantando la respiración. Volví a respirar despacio, procurando no hacer ruido.

Ahora reinaba el silencio y la oscuridad. Ya no se oían pasos. Ya no se veía ningún destello de luz amarilla. La puerta de entrada se cerró de golpe. Alex y yo nos quedamos mirando. ¿Se había ido la mujer? ¿Había salido de la tienda?

No nos movimos. Esperamos y escuchamos.

Silencio...

Entonces Alex estornudó.

—¡Ya os tengo! —gritó la mujer desde algún sitio detrás de nuestro escondite.

7

Una mano me sujetó por el hombro con fuerza.

La manga del impermeable me rozó la cara cuando la mujer me sacó de detrás del expositor y estuve a punto de pisar la máquina de escribir. La mujer me sostuvo por el brazo en el aire.

Alex se puso a mi lado. Se le había deshecho la cola de caballo y tenía el pelo alborotado por toda la cara. Continuaba tragando saliva con dificultad, haciendo sonidos secos y chasqueando la lengua. Deduje que estaba tan asustada como yo.

La mujer volvió a encender la linterna, la acercó a mi cara y luego a la de Alex.

—¿Haciendo compras de última hora? —preguntó.

—¿Eh? —conseguí, al fin, pronunciar.

—La tienda está cerrada. Supongo que no os extrañará, ¿verdad? —inquirió la joven y bonita mujer, que me acorraló con sus ojos oscuros—. ¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó.

Abrí la boca para responder, pero no acerté a decir nada.

—Ah... nada —se excusó Alex tímidamente—. No hacíamos nada.

La mujer estrechó sus ojos mirando a Alex.

—Entonces, ¿por qué os escondíais?

—Nos ha... has... asustado —tartamudeé, recobrando, por fin, la voz.

—¡Vaya, vosotros también me habéis asustado! —exclamó la mujer—. Me habéis asustado muchísimo. Estaba en el cuarto de atrás y...

—Íbamos de regreso a casa y vimos cómo ha quedado la tienda

—le expliqué—. Sólo queríamos ver qué aspecto tenía por dentro y entramos. Eso es todo.

La mujer bajó la luz hasta el suelo.

—Ya veo —respondió suavemente. Su zapato chapoteó en la alfombra. El agua no cesaba de caer del tejado detrás de nosotros.

—Menudo desastre —se lamentó la mujer y echó un vistazo a toda la tienda destrozada—. Soy la señora Carter. Esta tienda es mía... o lo que queda de ella.

—Lo... lo sentimos mucho —tartamudeó Alex.

—No deberíais estar aquí —nos regañó la señora Carter—. Es muy peligroso. Han caído algunos cables eléctricos. No habréis tocado nada, ¿verdad?

—Pues no —contestó Alex.

—Bueno... sólo esta máquina de escribir vieja —admití, bajando la mirada hasta el suelo.

—Me preguntaba cómo habría llegado hasta aquí —dijo la señora Carter—. Dime, ¿por qué la has movido?

—Me... gusta —respondí—. Es formidable, de veras.

—Zackie escribe historias —explicó Alex a la señora Carter—. Historias de miedo.

La señora Carter soltó una risotada agria.

—¡Estoy segura de que podrías escribir una historia de miedo sobre este sitio!

—Le aseguro que podría escribir historias de miedo geniales con esa vieja máquina de escribir —dije mientras la observaba en el suelo.

—¿La quieres? —preguntó rápidamente la señora Carter.

—Sí —asentí—. ¿Está en venta? ¿Cuánto vale?

La señora Carter me hizo un gesto con la mano.

—Quédate con ella —propuso.

—¿Disculpe? —pensé que no la había oído bien.

—Vamos, quédatela —repitió—. Es tuya. Gratis.

—¿De veras? —grité emocionado—. ¿Puedo quedarme con ella?

Asintió con la cabeza.

—¡Gracias! —Noté que una enorme sonrisa se extendía por todo mi rostro—. ¡Muchísimas gracias!

La señora Carter se agachó y recogió algo del suelo.

—Ten —dijo, y me alargó una pluma. Una pluma que parecía

pasada de moda, pesada y negra, cromada en plata.

—¿Para mí? —pregunté, estudiando la pluma.

La señora Carter volvió a asentir y luego me sonrió.

—Es mi oferta especial por cierre de negocio. Te llevas una pluma gratis con cada máquina de escribir.

—¡Vaya! —exclamé. La señora Carter se dirigió hacia la puerta y la aguantó abierta.

—Y ahora salid los dos de aquí —ordenó—. Esto es muy peligroso. Yo también me marchó.

Me cargué la vieja y pesada máquina de escribir en los brazos y, apoyándomela en el pecho, seguí a Alex hacia la puerta. ¡Estaba tan contento! Volví a dar las gracias a la señora Carter otras cinco veces y luego Alex y yo nos despedimos y continuamos el camino de regreso a casa.

La calle aún estaba mojada. Brillaba bajo las farolas como si fuese un espejo, no parecía real. El paseo hasta casa pareció durar una eternidad. La máquina de escribir pesaba más a cada paso que daba.

—Qué raro —murmuró Alex cuando, por fin, llegamos a nuestra manzana.

—¿Qué? —pregunté. ¡Mis brazos estaban a punto de caerse al suelo! ¡La máquina de escribir pesaba una tonelada!—. ¿Qué es raro, Alex?

—La manera como te ha dado esta valiosa máquina de escribir —respondió Alex pensativa.

—¿Por qué es tan raro? —insistí.

—Parecía muy interesada en regalarla. Es casi como si quisiera deshacerse de ella —comentó Alex. Se dirigió hacia su casa, al lado de la mía.

Mis rodillas se doblaron mientras me dirigía a la puerta de entrada de mi casa. Me dolían los brazos, todo el cuerpo. Hice un esfuerzo para sujetar la máquina de escribir.

—Esto es de locos —murmuré.

Por supuesto que ignoraba cuánta razón llevaba Alex. No tenía ni idea de que llevarme aquella vieja máquina de escribir a casa arruinaría mi vida por completo.



Arrastré la máquina de escribir hasta mi casa. Me había quedado sin aliento y tenía los brazos entumecidos.

Papá y mamá estaban en la sala de estar, sentados en el sofá el uno junto al otro, resolviendo un crucigrama; les encantan los crucigramas aunque no estoy muy seguro de por qué. Deletrear palabras no se les da muy bien que digamos, y nunca han conseguido rellenar todas las casillas. Muchas veces acaban peleándose por cómo se deletrea una palabra y, a menudo, se dan por vencidos y rompen el crucigrama en pedazos. Al cabo de unos días, empiezan con uno nuevo.

Al arrastrar la máquina hacia mi habitación, ambos levantaron la vista.

—¿Qué es eso? —preguntó mamá.

—Una máquina de escribir —refunfuñé.

—¡Eso ya lo veo! —se quejó—. Me refiero... ¿de dónde la has sacado?

—Es... es una larga historia —contesté casi asfxiado. Papá se levantó del sofá y corrió a ayudarme.

—¡Dios mío, pesa una tonelada! —exclamó—. ¿Cómo te las has apañado para traerla hasta casa?

Me encogí de hombros.

—Ningún problema —mentí. La llevamos a mi habitación y la dejamos encima del escritorio. Me moría de ganas de probarla ya mismo, pero papá insistió en que volviera a la sala de estar.

Les conté la historia de cabo a rabo; cómo el rayo destrozó la tienda, cómo Alex y yo entramos para explorarla, cómo conocimos

a la señora Carter y cómo me regaló la máquina de escribir. Omití que me había pasado la corriente y que había acabado en el suelo. Veréis, mis padres son de aquellas personas que se preocupan por nada. ¡Si se ponen a gritar por un simple crucigrama! Así que muchas veces no les cuento gran cosa. ¿Para qué estropearles, o estropearme, el día?

—¿Para qué necesitas una máquina de escribir vieja? —preguntó mamá, frunciendo el entrecejo—. Hoy en día la gente ya no las utiliza y sólo las venden en las tiendas de antigüedades.

—Quiero escribir mis historias de miedo con ella —le expliqué.

—¿Y qué piensas hacer con el ordenador? —inquirió papá—. ¿Y con la impresora láser que te dimos?

—También los utilizaré —respondí—. Haré los trabajos de la escuela y cosas así.

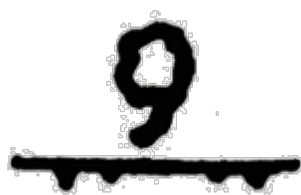
Mamá puso los ojos en blanco.

—Zackie terminará escribiendo con pluma y tintero —bromeó, y los dos se echaron a reír.

—Qué divertido —murmuré. Les di las buenas noches y corrí por el pasillo hasta mi habitación. Giré la esquina que llevaba hasta ella y me detuve.

¿Qué había sido aquel crujido? Parecía venir de mi habitación. Era un zumbido continuo que crujía.

—Qué raro —musité. Me quedé de pie en la puerta, miré en mi habitación y... ¡me quedé boquiabierto!



—¡Mi máquina de escribir! —grité.

Un destello azul brillante bañaba la máquina de escribir. Chispas azules zumbaban, crujían y salían disparadas en todas direcciones.

Observé alucinado aquella corriente azul que castañeteaba y zumbaba por encima de la máquina. Pensé en la descarga eléctrica que me había tirado al suelo en la tienda de antigüedades. ¿Habría almacenado electricidad la máquina de escribir? No, era imposible. Pero entonces, ¿por qué relucía ahora bajo una corriente azul que crujía?

—¡Mamá, papá! —les llamé—. ¡Venid a ver esto!

Nadie respondió. Volví a atravesar el pasillo a toda velocidad hasta la sala de estar.

—¡Rápido! ¡Venid deprisa! —grité—. ¡No os lo vais a creer!

Habían vuelto al crucigrama. Papá alzó la vista cuando entré corriendo en la habitación.

—¿Cómo se deletrea «peregrino»? —preguntó—. Es un tipo de halcón.

—¡Qué más da! —exclamé—. ¡La máquina de escribir está a punto de estallar o algo parecido!

Aquello lo levantó del sofá. Tomé la delantera y corrí a toda pastilla por el pasillo, mientras ellos me seguían de cerca. Me detuve en la puerta de la habitación y señalé hacia el escritorio.

—¡Mirad! —ordené.

Los tres peinamos la habitación con la mirada hasta dar con la máquina de escribir negra y metálica, con un carro negro e hileras de teclas negras con el borde plateado.

Ni rastro de azul, ni de corriente eléctrica, ni de chispas, ni de crujidos, ni de zumbidos, ni de nada. Sólo una vieja máquina de escribir encima del escritorio.

—Menuda gracia tiene el crío —murmuró papá, volviendo los ojos hacia mí. Mamá meneó la cabeza.

—No sé de dónde sacará Zackie este sentido del humor, pero seguro que no lo ha heredado de mi familia.

—Tu familia no necesita tener sentido del humor, ¡porque ya es un chiste! —espetó papá, y los dos se fueron discutiendo.

Entré en mi habitación despacio y con cuidado, y me acerqué sigilosamente a la máquina de escribir.

Extendí una mano y la bajé en dirección a la máquina hasta tenerla a un palmo de ella.

Entonces me detuve y mi mano comenzó a temblar. Bajé la vista hacia la oscura y maciza máquina de escribir.

«¿La toco? ¿Me pasará la corriente?». Despacio, muy despacio, bajé la mano.

10

Alex cerró su taquilla de golpe, se colocó bien la mochila en la espalda y se volvió hacia mí.

—Cuéntame, ¿qué pasó? ¿Te atacó la máquina de escribir?

Era a la mañana siguiente. Las vacaciones de Semana Santa habían llegado a su fin y volvíamos a la escuela.

Crucé el pasillo hasta llegar a las taquillas para explicarle a Alex toda la historia de la máquina de escribir. Sabía que era la única persona en el mundo que me creería.

—No, no me atacó —respondí—. La toqué y no ocurrió nada. Pulsé unas cuantas teclas, giré el carro y no ocurrió nada.

Alex me miró fijamente.

—¿Nada?

—Nada.

—No es una historia muy buena, que digamos —dijo para fastidiarme—. El final es decepcionante.

Me eché a reír.

—¿Te parecería mejor si acabase frito como un pollo?

—Mucho mejor —respondió ella.

Era tarde. La primera campana ya había sonado y el pasillo estaba casi vacío.

—Voy a reescribir la historia del monstruo baboso —le conté—. Tengo un millón de ideas nuevas y estoy ansioso por ponerme a escribirla.

Alex se volvió hacia mí.

—¿Con la máquina de escribir vieja?

Asentí con la cabeza.

—Voy a hacer una historia más larga y más terrorífica. ¡La máquina de escribir vieja es tan extraña, que estoy convencido de que me ayudará a escribir mis mejores historias de miedo! —exclamé. Oí risitas. Al darme la vuelta, vi a Emmy y a Annie Bell, dos gemelas que van a nuestra clase. Adam llegó detrás de ellas. Me golpeó en el hombro con tanta fuerza que me empotró contra las taquillas.

Emmy y Annie son muy buenas amigas de Adam, pero a mí y a Alex no nos pueden ni ver. Las dos tienen el pelo pelirrojo y rizado, muchas pecas y la cara llena de hoyuelos. La única manera de distinguir a Emmy de Annie es preguntar:

—¿Cuál de las dos eres tú?

Emmy me dedicó una sonrisa burlona. Supongo que fue Emmy, vaya.

—¿De veras crees en monstruos? —me preguntó.

Ambas hermanas volvieron a soltar una risita, como si Emmy hubiese preguntado algo realmente gracioso.

—Quizá —contesté—, pero ahora no hablaba de monstruos de verdad sino de una historia de miedo que estoy escribiendo. —Y luego añadí con un tono desagradable—: Vosotras dos no la entenderíais porque todavía no habéis aprendido a escribir...

—¡Ja, ja! —se rieron ambas con sarcasmo—. ¡Eres tan gracioso, Zackie!

—¡La gracia en los pies y los pies de vacaciones! —añadió Adam. El chiste más viejo del mundo.

—¿Pero crees o no crees en monstruos? —insistió Emmy.

—Adam dice que sí —añadió su hermana—. ¡Adam dice que estás convencido de que bajo tu cama vive un monstruo!

—¡No es cierto! —exclamé.

Las dos hermanas volvieron a soltar una risita.

—¡Adam es un mentiroso! —grité, e intenté atraparlo, pero él se apartó, mondándose de risa.

—Zackie ve monstruos por todos lados —me martirizó Adam mientras dirigía una sonrisa burlona a Emmy y Annie—. Cree que cuando abra la puerta de su taquilla, un monstruo le saltará encima.

Se rieron una vez más.

—Dejadme en paz —murmuré—. Llegaremos tarde.

Me di la vuelta para no ver la sonrisa en sus rostros. Giré la llave

de la taquilla y abrí la puerta. Al arrodillarme para sacar los libros ¡algo me saltó encima!

Vi un centelleo blanco.

—¿Qué pasa? —proferí un grito de sorpresa. Una segunda cosa salió de la taquilla y me quedé boquiabierto cuando algo me cayó en la cabeza. ¡Algo vivo!

Caí de rodillas e intenté alcanzarlo. Noté cómo sus garras se enredaban entre mi pelo.

—¡Socorro! —grité—. ¡Socorro!



La criatura se movió por mi cabeza y me cayó en la espalda, dentro de la camisa. Su cuerpo caliente se deslizó por mi piel. Sus garras me pinchaban y pellizcaban.

—¡Socorro, socorro! —comencé a saltar, pataleando, pisando fuerte y retorciéndome. Me di cachetes en la espalda con ambas manos, como si fuese un poseso.

Adam se acercó, me sujetó por los hombros, dio un tirón a la orilla de mi camisa y me arrancó la criatura de la espalda. Me acercó la mano a la cara.

—¡Ostras, menudo monstruo! —exclamó—. ¡Es terrorífico!

Temblando, eché una ojeada a la criatura: no era más que un ratón blanco, un ratoncito blanco.

Emmy y Annie estaban por partida doble al lado de Adam, mondándose de risa. Incluso Alex se reía. Qué gran amiga, ¿verdad?

—¡Supongo, Zackie, que al final es verdad que ves monstruos por todos lados! —exclamó Annie—. ¡Incluso monstruos blancos y diminutos!

Todos volvieron a reírse.

—¿Habéis visto qué pasos de baile tan geniales ha hecho? —preguntó Adam, y se puso a imitar mi baile frenético, abofeteándose cuello y cabeza, y tirándose al suelo como loco.

—¡Excelente! —intervinieron Emmy y Annie al mismo tiempo. Se oyeron risas otra vez.

Alex dejó de reír y se puso a mi lado. Me sacudió algo que tenía en el hombro.

—Pelusilla de ratón —murmuró y, volviéndose al resto del

grupo, dijo—: Deberíamos dejar a Zackie en paz. Un día se convertirá en un escritor de terror famoso.

—¡Un día se convertirá en un gallina famoso! —exclamó Annie.

Emmy comenzó a cloquear y a batir los codos como si fuese una gallina.

—¿Tú crees? ¡Al famoso escritor le asustan los ratones! —gritó Adam.

Emmy y Annie lo encontraron muy gracioso. Su pelo pelirrojo se movía arriba y abajo mientras se reían. Emmy miró su reloj y exclamó:

—¡Chicos, es muy tarde!

Las dos hermanas se volvieron y atravesaron el pasillo corriendo. Adam se guardó el ratón en el bolsillo y salió disparado detrás de ellas.

Me arrodillé para sacar los libros de mi taquilla. Metí la mano con cuidado para asegurarme de que no había más ratones. Alex se quedó a mi lado, de pie.

—¿Estás bien? —preguntó con voz dulce.

—Vete —le ordené bruscamente.

—¿Qué he hecho? —preguntó.

—Déjame solo —murmuré.

Quería que se marchara, quería que todo el mundo se marchara. Me sentía como un tonto. ¿Por qué me habría asustado tanto por un ratoncito? ¿Por qué habría perdido los estribos delante de todos?

Sencillamente, porque soy tonto de remate, concluí.

Metí algunos libros en la mochila, me puse en pie y cerré la taquilla. Alex estaba apoyada en la pared.

—He dicho que te largues —le repetí con brusquedad. Ella estaba a punto de decir algo, pero se calló cuando el señor Conklin, el director de la escuela, dobló la esquina.

El señor Conklin es un hombre alto, delgado como el palo de una escoba, con la cara roja y estrecha, y orejas de soplillo. Habla muy rápido y en lugar de caminar, corre. Siempre parece que se mueva en ocho direcciones distintas al mismo tiempo. Miró a Alex y luego, me miró a mí.

—¿Quién ha soltado los ratones del laboratorio de ciencias? —preguntó exhausto, sin aliento.

—Es... estaban en la taquilla de Zackie... —empezó a explicar

Alex, y antes de que pudiese contarle el resto de la historia, el señor Conklin me miró con los ojos entrecerrados. La cara se le puso aún más colorada.

—Zackie, quiero verte en mi despacho —ordenó—. Ahora mismo.

12

Durante la cena casi no abrí la boca. Me pasé todo el rato preguntándome si debía contar a papá y mamá lo que me había ocurrido en la escuela aquel día. Decidí no explicar nada. No me apetecía que ellos también se rieran de mí, ni que me hiciesen un millón de preguntas acerca de lo que me había dicho el señor Conklin.

En realidad, el director había sido bastante amable conmigo. Me avisó de que en lo sucesivo procurara mantener las criaturas vivas alejadas de mi taquilla.

Después de cenar papá y yo pusimos los platos sucios en el lavavajillas y recogimos el comedor. Estaba pasando un paño por la mesa cuando apareció Alex.

—¿Cómo estás? —preguntó—. ¿El señor Conklin...?

Le tapé la boca con una mano para que se callara. Mis padres nos observaban desde la otra habitación.

—¿Qué pasa con el señor Conklin? —quiso saber mi madre.

—Que es un buen tipo —respondí.

Arrastré a Alex hasta mi guarida.

—¿Y bien, cómo estás? —volvió a preguntarme.

—¿Que cómo estoy? —grité—. ¿Que cómo estoy? ¿Cómo se te ocurre preguntarme que cómo estoy?

—Bueno, yo... —comenzó a decir Alex.

—¡Me siento fatal! —exclamé—. ¡Hoy ha sido el peor día de toda mi vida! Los chicos se han pasado todo el santo día riéndose de mí. Por todos los sitios adonde iba ponían cara de ratón y chillaban como una rata.

Alex hizo un ademán de sonrisa, pero se detuvo.

—No sé por qué razón me puse así esta mañana —continué—. Me sentí tan tonto, me...

—Sólo era una broma —me interrumpió Alex—. Tampoco es para tanto.

—Para ti es fácil decirlo —me quejé—. A ti no te han pasado cien repugnantes roedores por todo el cuerpo.

—¿Cien? —se sorprendió ella—. Más bien uno, ¿no te parece?

—Parecían cien —refunfuñé, y cambié de tema—. Mira esto —le dije.

Me acerqué hasta el escritorio, al lado de la ventana. Al salir de clase había estado escribiendo durante tres horas. Recogí una pila de papeles.

—¿Qué es? —preguntó Alex, dirigiéndose a la mesa.

—Mi nueva historia sobre el monstruo baboso —respondí, sosteniendo en alto las páginas manuscrita—. Ahora da mucho más miedo.

Alex me quitó las hojas de la mano y las ojeó sin prestar demasiada atención. Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿No las has escrito con la vieja máquina de escribir?

—Por supuesto que no —respondí, recuperando las hojas—. El primer borrador siempre lo escribo a mano, y no paso las hojas a máquina hasta que no estoy satisfecho de la historia.

Alcancé la pluma del escritorio.

—Utilicé la pluma que me regaló aquella mujer de la tienda de antigüedades —expliqué a Alex—. Es una pluma espléndida y escribe muy fino. ¡Me cuesta creer que me la diese a cambio de nada!

Alex se puso a reír.

—Eres un tipo raro, Zackie. Te entusiasmas por cosas como plumas y máquinas de escribir. —Y luego añadió—: Me parece genial.

Eché un vistazo a mi historia.

—Ya es hora de que la pase a máquina —propuse—. Estoy tan nervioso que no puedo esperar más tiempo para utilizar la vieja máquina de escribir.

Abrí el paso hacia mi habitación. Ya había casi llegado al escritorio cuando me detuve y proferí un grito sobrecogedor.

La máquina de escribir había desaparecido.

13

Alex y yo nos quedamos mirando boquiabiertos el espacio vacío que había en mi escritorio. Ella se subió las gafas y entrecerró los ojos.

—Ha... ha desaparecido —murmuré. Mis rodillas empezaron a doblarse y me sujeté a la cómoda para no caer al suelo.

—Qué extraño —musitó Alex, moviendo la cabeza—. ¿Estás seguro de que...?

—¡Se ha desvanecido en el aire! —la interrumpí—. ¡No me lo puedo creer! ¿Pero cómo? ¿Cómo ha podido desaparecer?

—Pero ¿cómo ha podido desaparecer qué? —preguntó una voz desde la puerta. Me di la vuelta y vi a mi padre entrar en la habitación cargando la vieja máquina de escribir en los brazos.

—Papá, ¿por qué...? —hice el ademán de hablar. La depositó en el escritorio, se apartó el pelo negro y rizado de la frente y sonrió, enseñando los dientes.

—La he limpiado, Zackie —explicó—, y le he puesto una cinta nueva.

Se secó el sudor que le caía por la frente con la mano.

—Es difícil encontrar recambios de cintas en los tiempos que corren —añadió—. Como ya nadie utiliza máquinas de escribir...

Alex se echó a reír.

—¡Zackie pensó que la máquina de escribir se había esfumado!

—Alex, déjame tranquilo —murmuré, mirándola enfadado.

La chica me dedicó una mueca. Papá movió la cabeza.

—Pesa un poco para desaparecer en el aire —suspiró—. ¡Pesa una tonelada! ¡Pesa más que un ordenador!

Me acerqué a la máquina de escribir y deslicé una mano por el liso y oscuro metal.

—Gracias por limpiarla, papá —dije—. Se ve fantástica.

—Había algunas teclas que se encallaban —añadió—, así que las he lubricado. Me parece que tu vieja máquina de escribir ya funciona bien, Zackie. Ahora podrás escribir buenas historias con ella.

—Gracias, papá —repetí. No podía esperar más, así que saqué unas cuantas hojas en blanco del cajón superior. Me di cuenta de que papá seguía ahí, recostado en la puerta, mirándonos a Alex y a mí.

—Tu madre ha ido a visitar a Janet Hawkins, la nueva vecina —nos informó—. Hace una noche de primavera magnífica. He pensado que quizás os gustaría ir al centro de la ciudad y tomar un helado.

—Mmm... No, gracias —respondió Alex—. Antes de venir ya tomé el postre en casa.

—A mí me apetece empezar a pasar mi nueva historia a máquina —me excusé.

Suspiró y nos miró decepcionado. Creo que buscaba una excusa para ir a por helados. Tan pronto como se hubo marchado me dejé caer en la silla del escritorio y puse una hoja en blanco en el carro de la máquina.

Alex se acercó una silla y se sentó a mi lado.

—¿Me dejarás probarla cuando termines? —me pidió.

—Sí, cuando yo termine —respondí con impaciencia.

Me moría de ganas de pasar mi historia a máquina. Peiné las teclas negras y redondas con la mirada, me incliné hacia delante y empecé a escribir.

Escribir a máquina resulta muy distinto a teclear en el ordenador. Para empezar, tienes que pulsar las teclas con mucha más fuerza. Me costó un rato acostumbrarme y, al fin, escribí las primeras palabras de mi historia:

ERA UNA NOCHE OSCURA Y TORMENTOSA.

—¡Eh...! —grité cuando un relámpago iluminó la ventana de mi habitación. La lluvia golpeaba en el cristal y el rugido de un trueno sacudió la casa. La oscuridad se cernió sobre mí cuando se apagaron todas las luces.

—¿Zackie? —preguntó Alex con un hilo de voz—. ¿Zackie?
Zackie, ¿te encuentras bien?

14

Tragué saliva con dificultad.

—Sí, estoy bien —respondí tranquilo.

Alex es la única persona en todo el mundo que sabe que me asusta la oscuridad. Tengo miedo a los ratones y a la oscuridad, lo admito. Hay muchas otras cosas que me asustan: los perros grandes, bajar al sótano cuando estoy solo en casa, saltar en el lado más profundo de la piscina...

Alex conoce algunos de mis temores, pero no todos porque resulta algo embarazoso. La pregunta es: ¿por qué me dedico a escribir historias de miedo si hay tantas cosas que me asustan? No lo sé. Quizás escribo mejores historias porque sé lo que significa tener miedo.

—La luz se ha ido de repente —advirtió Alex.

Estaba a mi lado, apoyada en el escritorio para poder mirar por la ventana.

—Normalmente parpadean o hacen algo por el estilo antes de cortarse.

Una cortina de lluvia azotaba el cristal de la ventana y los rayos dentados crujían en el cielo.

Permanecí en la silla del escritorio, sujetándome con fuerza en los brazos del asiento.

—Me alegro de que Adam no esté aquí —murmuré—. Se reiría de mí.

—Pero ahora no tienes mucho miedo, ¿verdad? —preguntó Alex. La explosión de un trueno casi me hizo saltar de la silla.

—Bueno, un poco —confesé, y oí pasos pesados en la moqueta.

Al escuchar el estruendo de otro trueno, me aparté corriendo de la ventana, y seguí atento a los pasos—. ¿Quién anda ahí? —pregunté en la oscuridad.

Vi una llama vacilante de luz amarilla en la puerta y distinguí una sombra en el papel de la pared del pasillo. Papá entró en la habitación.

—Esto es muy raro —advirtió. Llevaba un par de velas en sendos candeleros. Las llamas se torcieron y casi se apagaron mientras las llevaba al escritorio.

—¿De dónde habrá salido esa tormenta? —preguntó papá, dejando las velas al lado de la máquina de escribir—. ¿Estás bien, Zackie? Me olvidaba. Papá también sabe que tengo miedo a la oscuridad.

—Estoy bien —le contesté—. Gracias por las velas.

Papá miró por la ventana, pero no se podía ver nada. La lluvia era de las que hacen historia.

—Hace un momento el cielo estaba completamente despejado —comentó papá, apoyándose en mí para poder ver mejor—. Me cuesta creer que una tormenta como ésta se desate con tanta rapidez.

—Es raro —convine.

Contemplamos la lluvia durante un par de minutos. Cortinas de rayos hacían relucir el jardín como si fuese de plata.

—Voy a llamar a tu madre —dijo papá—. Voy a decirle que espere hasta que amaine la tormenta.

Me dio una palmadita en la espalda y se dirigió hacia la puerta.

—¿No quieres una vela? —le pregunté.

—No, ya me las apañaré. Tengo una linterna en el sótano —respondió, y desapareció por el pasillo.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó Alex. A la luz de las velas su rostro se había vuelto naranja y sus ojos brillaban como los de un gato.

Regresé a la máquina de escribir.

—Sería absolutamente genial escribir a la luz de las velas —dije—. Las historias de miedo deberían escribirse siempre a la luz de las velas. Me apuesto lo que quieras a que así es como los escritores de terror famosos escriben las historias.

—Fantástico —respondió Alex—. Manos a la obra.

Acerqué los candeleros. La luz amarilla vaciló sobre las teclas de la máquina de escribir. Me incliné hacia delante y leí las dos primeras frases de mi historia.

ERA UNA NOCHE OSCURA Y TORMENTOSA.

Pulsé la barra espaciadora y escribí la frase siguiente:

EL VIENTO EMPEZÓ A AULLAR.

Volví a pulsar la barra espaciadora y levanté los dedos para seguir escribiendo, pero un sonido estrepitoso me hizo saltar.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté sobresaltado.

—La ventana —señaló Alex.

Fuera, el viento soplaba con fuerza, agitando el cristal de la ventana. Sin embargo, por encima del rugir continuo de la lluvia oí otro sonido: un aullido extraño. Me sujeté a los brazos de la silla.

—¿Lo oyes? —pregunté a Alex.

Asintió con la cabeza y miró por la ventana con los ojos entrecerrados.

—Sólo es el viento —me calmó con delicadeza—. Aúlla al pasar a través de los árboles.

En el exterior el aullido se hacía cada más fuerte, mientras el viento rodeaba la casa. La ventana de mi habitación temblaba. El aullido aumentó y se volvió más y más estridente, casi como una voz humana, como un lamento humano. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Sujetado fuertemente a los brazos de la silla, intenté calmarme.

«Es sólo una tormenta —me dije—. Es sólo un temporal. Mucha agua y mucho viento, nada más».

Eché un vistazo a las palabras que había escrito. En aquella luz naranja y vacilante, las letras negras me asaltaron:

EL VIENTO EMPEZÓ A AULLAR.

Me detuve y escuché el estridente aullido del viento de fuera. Parecía que me rodease, que rodease la casa.

—Qué extraño —murmuré, y entonces las cosas se volvieron todavía más extrañas.

15

—No estás avanzando mucho con tu historia —comentó Alex.

—Bueno, la tormenta... —comencé a explicar.

Me puso una mano en el hombro.

—¡Estás temblando! —exclamó.

—¡En absoluto! —mentí.

—Por supuesto que sí —insistió.

—Te he dicho que no. Estoy bien, de veras —respondí, intentando mantener un tono de voz calmado—. No estoy muerto de miedo, Alex.

—A lo mejor, si te pones a escribir, dejarás de pensar en la tormenta —sugirió ella.

—Exacto, la historia —convine.

La explosión de un trueno sacudió la casa, y yo solté un grito agudo.

—¿Por qué parece que estén tan cerca? —exclamé—. ¡Los rayos y los truenos... parece como si estuvieran en el jardín!

Alex me sujetó por los hombros y me giró hacia la máquina de escribir.

—¡Escribe! —ordenó—. Haz como si no hubiese tormenta. Escribe.

Obedecí y levanté las manos hacia las teclas de la vieja máquina de escribir. La vela se había consumido un poco y la hoja estaba oscura.

Escribí la frase siguiente:

ALEX Y ZACKIE ESTABAN SOLOS EN LA OSCURA CASA, ESCUCHANDO LA TORMENTA.

La lluvia repicaba con fuerza contra la ventana. En el destello blanco de un relámpago vi los árboles del jardín doblarse y temblar en medio de todo aquel viento.

—¿Es una historia sobre nosotros? —preguntó Alex, apoyándose en mi hombro para leer lo que había escrito.

—Por supuesto —respondí—. Ya sabes que siempre escribo sobre nosotros y sobre los demás chicos de la escuela. Así resulta más fácil describir a todo el mundo.

—¡Al menos no dejes que el monstruo baboso me coma! —me ordenó—. ¡Yo quiero ser la heroína, no el almuerzo!

Me eché a reír.

El estallido de un trueno me hizo saltar del asiento. Regresé a la máquina de escribir y me acerqué a la hoja para repasar lo que había escrito.

—Las velas no dan mucha luz, que digamos —me quejé—. ¿Cómo se las apañaban los escritores en los viejos tiempos? ¡Seguro que todos acabaron ciegos!

—Vayamos a buscar más velas —sugirió Alex.

—Buena idea —dije.

Cada uno tomamos uno de los candeleros y, sujetándolos delante de nosotros, atravesamos el pasillo.

Las llamas se doblaron y vacilaron. El rugido continuo de la lluvia en el tejado ahogaba el sonido de nuestros pasos.

—¿Papá? —llamé—. ¡Eh, papá... necesitamos dos velas más!

Nadie respondió.

Entramos en la sala de estar. Había dos velas encendidas sobre el mantel y otras dos juntas en la mesita de centro delante del sofá.

—¿Papá? —repetí—. ¿Dónde estás?

Con las velas en alto, Alex y yo fuimos a mi habitación, después a la cocina y luego a la habitación de mis padres.

Papá no estaba por ningún lado. Sujetando la vela con firmeza, abrí la puerta del sótano.

—Papá, ¿estás ahí?

Silencio.

Sentí cómo otro escalofrío recorría todo mi cuerpo. Me volví hacia Alex.

—¡Se... se ha ido! —tartamudeé—. ¡Estamos completamente solos!

16

—Tiene que estar ahí —insistió Alex—. ¿Por qué razón habría salido con semejante tormenta?

—¿A por helados? —sugerí—. Se moría por un helado.

Alex frunció el entrecejo.

—¿Tu padre saldría con esta tormenta a por un helado? Es imposible.

—¡Tú no conoces a mi padre! —respondí.

—Tiene que estar ahí —insistió Alex. Dejó la vela en el suelo y se puso las manos alrededor de la boca como si fuera un megáfono—. ¿Señor Beauchamp? ¿Señor Beauchamp? —llamó, pero no obtuvo respuesta.

El viento aullaba en el exterior y un relámpago parpadeó en la noche.

—¡Eh...! —grité. En un destello de luz vi un coche aparcado delante de la casa. Era el de papá. Me dirigí hacia la ventana y miré fuera.

—Papá no ha ido a ninguna parte —tranqualicé a Alex—. Su coche sigue ahí y no se iría andando.

—¿Señor Beauchamp? ¿Señor Beauchamp? —Alex volvió a intentarlo.

—Qué raro —murmuré—. No se iría sin decirnos nada, ¿verdad? Ha... ha desaparecido.

Los ojos de Alex se iluminaron y su expresión cambió. Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué sucede? —preguté—. ¿Por qué me miras así?

—Zackie, ¿qué decía la última frase que has escrito? —inquirió

ella sin dejar de mirarme.

—¿Eh?

—En tu historia —dijo ella impaciente—. ¿Cuál era la última frase?

Pensé un rato y entonces la recité:

ALEX Y ZACKIE ESTABAN SOLOS EN LA OSCURA CASA, ESCUCHANDO LA TORMENTA.

Alex asintió solemnemente con la cabeza.

—¿Y qué? —pregunté—. ¿Qué tiene que ver la historia?

—¿No te das cuenta? —respondió Alex—. Escribiste que estábamos solos en casa... ¡y ahora estamos solos en casa!

Volví a mirarla. Seguía sin saber de qué estaba hablando.

—¡Zackie..., es alucinante! —gritó—. ¿Qué dice la primera frase de tu historia?

Se la repetí:

—ERA UNA NOCHE OSCURA Y TORMENTOSA.

—¡Exacto! —exclamó Alex con excitación. Sus ojos se abrieron como platos y la vela tembló en su mano—. ¡Exacto! ¡Una noche oscura y tormentosa! Pero la noche era agradable, ¿no es cierto?

—¿Cómo dices? —me esforcé en seguir lo que decía.

—Tu padre nos dijo que no había ni una nube en el cielo, ¿recuerdas? Por eso quería ir a la ciudad.

—Es verdad. ¿Y qué? —quise saber.

Alex soltó un suspiro de impaciencia.

—Entonces fue cuando tú escribiste que era una noche oscura y que había tormenta... ¿y adivinas qué pasó luego? La noche oscureció y se desató la tormenta.

—Pero Alex... —contesté.

Se acercó un dedo a los labios y me indicó que me callara.

—Después escribiste que estábamos solos en la oscura casa, ¡y eso fue lo que ocurrió!

—¡De ninguna manera! —gruñí—. Y ahora me dirás que mi historia se ha hecho realidad...

—Hasta ahora sí —insistió—. Hasta la última palabra.

—¡Menuda tontería! —exclamé—. Creo que la tormenta te ha asustado más que a mí.

—Y entonces, ¿cómo lo explicas? —volvió a disparar Alex.

—¿Explicar? Ha estallado una tormenta de las que hacen

historia. Ya ves qué fácil.

Me dirigí hacia mi habitación con una vela en cada mano y Alex me siguió.

—¿Cómo explicas que tu padre se haya desvanecido en el aire?

Nuestras sombras se proyectaban en la pared, doblándose en la luz vacilante. Deseaba que volviese la luz.

Entré en mi habitación.

—Mi padre no ha desaparecido. Ha salido —corregí a Alex, y suspiré—. Tu idea es una locura. Sólo porque haya escrito que fuera llovía...

—Probémoslo —propuso Alex con impaciencia.

—¿Qué?

Me arrastró hasta la silla del escritorio y me sentó de un empujón.

—¡Eh...! —protesté—. Un poco más y tiro las velas.

—Escribe algo —ordenó Alex—. Vamos, Zackie, escribe algo... y veremos si se hace realidad.

17

El viento aullaba fuera de la casa, golpeando el cristal de la ventana. Coloqué las velas en la mesa, una a cada lado de la vieja máquina de escribir. Me incliné hacia delante y volví a leer lo que había escrito.

Alex llevaba razón. Todo lo que había escrito se había hecho realidad, pero su idea era descabellada.

—¡Escribe! —ordenó de pie a mi lado, con las manos sobre mis hombros.

Volví a mirarla.

—Alex, ¿alguna vez has oído hablar de lo que es una coincidencia?

—¡Ooooh..., qué gran palabra! —repitió sarcásticamente—. ¿Estás seguro de estar preparado para semejante palabra?

Hice caso omiso de su comentario y le dije:

—Una coincidencia es cuando dos cosas ocurren por casualidad. Por ejemplo, escribo que fuera hay una tormenta y entonces empieza a llover. A eso se le llama una coincidencia.

Me empujó hacia la máquina de escribir.

—Inténtalo —insistió—. Vamos, Zackie, escribe la frase siguiente y veremos si se hace realidad.

Me apretujó los hombros y añadió:

—¿O eres un gallina?

Me desembaracé de sus manos.

—Está bien, está bien —gruñí—. Voy a demostrarte que lo que dices no es más que una tontería.

Alcancé las hojas escritas a mano de mi historia y localicé la

siguiente frase. Acerqué las manos al teclado de la máquina y escribí:

ALGUIEN LLAMÓ A LA PUERTA.

Bajé las manos hasta mi regazo y me recliné en la silla.

—¿Lo ves? —me mofé—. ¿Tienes otra de tus geniales ideas?

¡Y en aquel momento oí que alguien llamaba a la puerta!

Me sobresalté y Alex profirió un grito de sorpresa.

—No pu... puede ser —tartamudeé—. No lo he oído. Es sólo mi imaginación.

—Los dos lo hemos oído —respondió Alex con los ojos como platos—. No puede ser que los dos nos lo hayamos imaginado.

—¡Pero eso es imposible! —insistí. Con una vela en la mano, salté de la silla y corrí a través de la habitación.

—¿Adónde vas? —inquirió Alex, corriendo detrás de mí.

—A abrir la puerta —contesté.

—¡No lo hagas! —me pidió con la voz entrecortada, pero yo ya corría por el oscuro pasillo. El corazón me iba a cien por hora. La llama de la vela parecía palpar al ritmo de mi corazón. Miré detrás de mí y vi que Alex venía siguiéndome.

—¡Zackie..., espera!

No me detuve sino que seguí corriendo hacia la puerta de entrada.

—¡No! ¡Por lo que más quieras, no la abras! —suplicó Alex.

—Tengo que hacerlo —le dije—. Tenemos que ver quién es.

—¡Zackie, no! —imploró ella, pero yo no le hice caso y abrí la puerta de par en par.

18

Alex se quedó boquiabierta y yo miré fuera. No había nadie, ni un alma. La lluvia repicaba en la puerta. Las enormes gotas rebotaban como pelotas en todas direcciones. Cerré la puerta y me sacudí una gota de agua fría que me caía por la frente.

—Qué raro —murmuró Alex, tirándose con fuerza de la cola de caballo rubia. Se subió las gafas—. Qué extraño.

—Debió de ser la rama de algún árbol —sugerí—. El viento empujaría una rama contra la puerta. Eso es todo.

—No lo creo —insistió Alex—. Las ramas no llaman a la puerta. Yo oí que alguien llamaba..., y tú también.

Nos miramos durante un buen rato y luego miramos hacia la puerta.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Alex. Sus ojos brillaron con excitación detrás de las gafas—. ¡Ya sé por qué no había nadie en la puerta!

—¡No quiero saberlo! —gruñí—. Estoy harto de tus ideas descabelladas sobre que mi historia se convierte en realidad.

—Pero ¿no te das cuenta? —gritó—. No había nadie en la puerta porque no escribiste que había alguien en la puerta.

—¡AAAAH! —grité—. Alex, por favor, déjame tranquilo. Dime que en verdad no crees que esté controlando todo lo que sucede...

La chica volvió la cara, meditando.

—No —respondió al fin.

—¡Bien! —exclamé.

—En verdad creo que es tu vieja máquina de escribir quien tiene el control —afirmó.

—Alex, vete a dormir —le ordené—. Voy a llamar a tus padres para que vengan a buscarte. Estás enferma. Muy enferma.

—Quizá sea ésa la razón por la que la mujer de la tienda te la regaló —continuó sin hacerme caso—. Quizá supiese que la máquina tenía poderes extraños y estaba ansiosa por perderla de vista.

—¡Yo sí que estoy ansioso por perderte de vista! —espeté enojado—. Alex, por favor, dime que no hablas en serio. Me estás asustando con esta historia de locos, te lo digo de veras.

—Pero Zackie, tengo razón. ¡Todo lo que escribes... se convierte en realidad!

Alex me tomó del brazo y comenzó a arrastrarme por el pasillo. Yo forcejeé.

—¿Adónde me llevas? —exigí saber.

—Sólo otro intento —insistió.

La seguí a mi habitación.

—¿Otro? —pregunté—. Otro intento, ¿y te callarás?

—Te lo prometo —dijo levantando la mano derecha. Luego bajó la mano y añadió—: Pero ya lo verás, Zackie. Ya verás que no estoy loca. Sea lo que sea, lo que escribas con la máquina de escribir se hará realidad.

Me senté en el escritorio y acerqué las velas a la máquina. Mis ojos se acostumbraron a aquella luz naranja y vacilante para leer la historia.

—¡Rápido! —me exigió Alex—. Escribe que alguien está esperando al otro lado de la puerta.

—Vale, vale —murmuré—. Estamos locos de atar.

Levanté las manos sobre las teclas de la vieja máquina y escribí:

EMPAPADO POR LA LLUVIA, ADAM ESTABA EN EL PORCHE DE LA ENTRADA.

Me llevé las manos al regazo y esperé a que alguien llamara a la puerta, pero lo único que oí fue la ráfaga continua de viento y el repiqueteo de la lluvia contra la casa.

Esperé, escuchando con mucha atención. Pero no llamó nadie.

Me di cuenta de que estaba aguantando la respiración. Saqué el aire despacio, sin dejar de escuchar.

—No llama nadie —informé a Alex, incapaz de reprimir una sonrisa burlona. Una sonrisa de triunfo—. ¿Lo ves? No ha funcionado.

La chica frunció el entrecejo. Se apoyó en mi hombro y volvió a leer lo que había escrito.

—Por supuesto que no ha funcionado —convino—. No has escrito que Adam llamara. Sólo lo has colocado en el porche, pero no dices nada de que llamara.

Solté un suspiro.

—Muy bien. Si eso te hace feliz...

Regresé a la máquina y escribí:

ADAM LLAMÓ A LA PUERTA.

Mientras retiraba las manos del teclado, oí que alguien llamaba con fuerza a la puerta.

—¡Te lo dije! —gritó Alex. Ahora le tocaba a ella reír con sorna.

—¡Esto es imposible! —exclamé asombrado.

Sin pararnos ni a buscar las velas, atravesamos el pasillo a todo trapo hasta la puerta.

Alex llegó primero. Giró el pomo de la puerta y la abrió.

—¿Es Adam? —grité.

19

Me quedé sin habla cuando vi que Alex sacaba a Adam de la lluvia. ¡Estaba empapado! El pelo negro y rizado se le había enmarañado en la frente. No llevaba impermeable ni chaqueta, y la camiseta calada por la lluvia se le había pegado al cuerpo.

—¡Uaaaauuuu! —exclamó temblando. Se abrazó el cuerpo gordito como si probara a darse calor, mientras le caía agua de todas partes y hacía un charco en el suelo.

—¡Adam...! —Abrí la boca para decir algo, pero estaba demasiado perplejo para articular palabra.

—¡Es... es cierto! —tartamudeó Alex—. ¡Funciona!

Adam parecía aturdido.

—¿Eh? —dijo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, también aturdido.

Sus ojos se perdieron por la sala de estar.

—¡No estoy seguro! —exclamó—. S... sé que vine por algún motivo, pero lo he olvidado.

—¡Zackie hizo que vinieras! —declaró Alex.

Adam movió la cabeza, sacudiéndose el agua como si fuera un perro. Miró a Alex con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo dices?

Alex estudió a Adam.

—¿Has estado esperando un rato en el porche antes de llamar a la puerta? —quiso saber ella.

Adam asintió con la cabeza.

—¡Pues sí! No sé muy bien por qué, pero esperé un rato. Supongo que estaría intentando recordar qué me trajo hasta aquí.

¿Cómo lo sabes?

Alex me dedicó una sonrisa burlona.

—¿Te das cuenta ahora? Estaba en lo cierto.

Tragué con dificultad. La cabeza me daba vueltas.

—Es verdad, tenías razón —murmuré.

La vieja máquina de escribir... Escribiera lo que escribiese, se hacía realidad.

—¿Qué pasa aquí? —exigió Adam con impaciencia. Se sacudió más agua en la alfombra—. ¿Por qué estamos a oscuras?

—La tormenta ha cortado la luz —respondí—. Sígueme.

Fuimos hacia mi habitación y, antes de llegar, abrí el armario de la ropa y di una toalla a Adam. Se secó mientras caminábamos hacia mi cuarto. Me moría de ganas de contarle lo genial que era aquella máquina de escribir.

—¡No te lo vas a creer! —empecé.

Lo llevé hasta la máquina y la observó a la luz naranja de las velas. Luego Alex y yo le explicamos toda la historia. Cuando terminamos, Adam explotó en una carcajada.

—Muy divertido —afirmó.

Sacudió la cabeza y el agua le cayó por la frente. Su pelo negro seguía empapado.

—Ya sé que me debes una, Zackie —dijo—. Ya sé que quieres vengarte por haberte puesto los ratones en la taquilla. Ya sé que hoy te he amargado el día en la escuela. —Adam posó su mano húmeda en mi hombro—. Pero ni se te ocurra pensar que voy a tragarme semejante paparrucha. Lo llevas claro.

—Zackie te lo demostrará —propuso Alex, metiéndose en la conversación. Adam se burló y puso los ojos en blanco—. ¿A qué estamos esperando?

—No, de veras —insistí—. No es ninguna broma, Adam. Es cierto. Ven, te lo enseñaré.

Lo arrastré hasta el escritorio, me senté en la silla y rápidamente escribí las frases siguientes de mi historia de miedo:

DE PRONTO, LA TORMENTA PARÓ. TODO ESTABA TRANQUILO, DEMASIADO TRANQUILO.

Adam y Alex leyeron lo que había escrito por encima de mi hombro. Salté de la silla y empujé a Adam hacia la ventana.

—¡Vamos a comprobarlo!

20

Los tres corrimos a la ventana.

—¡Sí! —grité, moviendo los puños por encima de la cabeza—. ¡Sí!

Había dejado de llover. Me escurrí entre mis dos amigos y abrí la ventana.

—Escuchad —les invité.

Los tres escuchamos. No se oía ni un alma, ni siquiera el goteo de la lluvia que caía de los árboles. No se oía ni tan siquiera el susurro del viento.

—¡Sí! —exclamó Alex con entusiasmo y los dos entrechocamos las manos. Me volví hacia Adam.

—¿Lo ves? —grité—. ¿Nos crees ahora?

—¿Lo ves? —repitió Alex.

Adam se retiró de la ventana.

—¿Ver? ¿Ver qué? —preguntó—. ¿Si veo que ha dejado de llover? Pues sí, lo veo.

—Pero... pero... —señalé hacia la máquina de escribir.

Adam se puso a reír.

—¿Habéis perdido el juicio los dos? —gritó—. ¿De veras crees que fuiste tú quien detuvo la tormenta? ¡Los dos estáis completamente locos!

—¡Es cierto! —insistí—. Adam, te lo acabo de demostrar.

El chico se echó a reír otra vez y puso los ojos en blanco. Yo quería pegarle un puñetazo y hacerle callar. Lo digo en serio. Estábamos viviendo lo más alucinante que a uno le puede ocurrir en toda la historia de la humanidad, ¡y Adam creía que le estábamos

tomando el pelo!

Le estiré del brazo.

—Ven —ordené, casi sin aliento—. Te lo demostraré una vez más. Observa.

Lo arrastré hasta la máquina de escribir. Yo ni me molesté en sentarme. Me incliné sobre el escritorio y me puse a escribir, pero antes de haber tecleado dos palabras Alex me separó de la máquina.

—¿Qué haces? —grité. Intenté soltarme, pero ella me empujaba hacia el pasillo.

—No nos va a creer, Zackie —murmuró—. Puedes demostrárselo una docena de veces y seguirá sin creernos.

—¡Por supuesto que nos va a creer! —insistí—. Adam va a...

—Ni lo sueñes —me interrumpió Alex—. Vamos, escribe ADAM TIENE DOS CABEZAS y aunque lo hagas, ninguna de ellas nos creerá.

La idea de Alex me dio que pensar.

—Una vez más —propuse—. Déjame escribir otra frase y cuando Adam vea que lo que he escrito se convierte en realidad, quizá cambie de idea, quizá se dé cuenta de que no le estamos gastando una broma.

Alex se encogió de hombros.

—Adelante, pero él ya ha tomado una decisión, Zackie. Está convencido de que quieres vengarte por los ratones que puso en tu taquilla.

—Sólo una vez más —insistí.

Eché un vistazo a mi habitación.

—¡No! ¡Adam..., detente! —grité. El chico nos daba la espalda, pero vi que se inclinaba hacia la máquina de escribir.

¡Estaba escribiendo algo en la hoja!

—¡Adam..., para! —ordenamos Alex y yo al mismo tiempo.

Entramos en la habitación corriendo. Él se dio la vuelta y, con una sonrisa maliciosa en su rostro, exclamó:

—¡Tengo que irme!

Pasó por nuestro lado a toda pastilla.

—¡Adiós, pringados! —se despidió y desapareció por el pasillo.

Me arrojé sobre el escritorio. Con el corazón a cien por hora miré la máquina de escribir. ¿Qué había escrito Adam?

21

Oí la puerta cerrarse de golpe. Adam había salido de mi casa, pero en aquel momento lo que menos me importaba era él. Sólo pensaba en una cosa: ¿qué había escrito con mi máquina de escribir?

Tiré de la hoja y la saqué del carro, acercándola mucho a la luz de una vela para poder leerla.

—¡Ten cuidado, la vas a quemar! —me advirtió Alex.

La alejé un poco de la llama. Una luz anaranjada vacilaba sobre la hoja. La mano me temblaba tanto que tuve que hacer un esfuerzo para leerla.

—¿Y bien...? ¿Qué ha escrito? —preguntó Alex con impaciencia.

—A... A... A... Ada... —tartamudeé. Ella me arrancó la hoja de la mano y leyó en voz alta lo que Adam había escrito:

EL MONSTRUO BABOSO SE ESCONDIÓ EN EL SÓTANO DE LA CASA DE ZACKIE, ESPERANDO CARNE FRESCA.

—¡Menudo payaso! —exclamé—. ¡No me lo puedo creer! ¿Por qué ha escrito esto en mi historia?

Alex miró la hoja con cara de pocos amigos.

—Pensó que hacía gracia.

—¡Ja, ja! —dije sin entusiasmo alguno. Recuperé la hoja—. Me ha arruinado la historia.

Ahora tendré que volver a empezar.

—¡Olvídate de tu historia! ¿Y el monstruo baboso? —preguntó Alex.

—¿Cómo dices?

Un escalofrío me recorrió la nuca y la hoja se me cayó de la

mano.

—Todo lo que escribes con la máquina se convierte en realidad —murmuró Alex.

—¿Te refieres a que...? —empecé a decir, pero de pronto se me secó la boca. Estaba tan enfadado porque Adam había echado a perder mi historia, ¡que lo había olvidado!

—Hay un monstruo baboso esperando en el sótano —me informó Alex susurrando—. Esperando carne fresca.

—Carne fresca —repetí. Se me hizo un nudo en la garganta.

La sangre se nos heló por momentos mientras nos mirábamos a la luz de las velas.

—Pero el monstruo baboso no existe —rompí el silencio—. Yo lo inventé. ¿Qué te hace pensar que en el sótano puede estar escondido un monstruo baboso?

Los ojos de Alex se encendieron tras sus gafas.

—¡Tienes razón! ¡Los monstruos no existen! ¡Problema resuelto! —exclamó, y sonrió, pero la sonrisa se borró de su rostro cuando oímos un ruido.

Un ruido sordo y pesado.

PUM PUM PUM.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté aterrorizado.

Ambos nos volvimos hacia la puerta y oímos de nuevo el ruido.

PUM PUM PUM.

Sordo y pesado, como si fuesen pasos.

—¿Vi... viene del só... só... só...? —Estaba tan asustado que comencé a tartamudear.

Alex asintió con la cabeza.

—Del sótano —susurró ella, terminando la frase por mí.

Tomé un candelero. La luz rebotaba en las paredes y el suelo porque mi mano no dejaba de temblar. Con la vela delante de mí me dirigí hacia el pasillo. Alex me seguía de cerca, avanzando al ritmo que yo marcaba.

PUM PUM PUM.

Nos detuvimos. Los ruidos se oían más cerca y más alto. Respirando hondo, me acerqué a la puerta del sótano. Alex se quedó detrás de mí con las manos en la cara. Pude ver el miedo en sus ojos, detrás de las gafas.

PUM PUM PUM.

—¡Está subiendo por las escaleras! —grité—. ¡Corramos!
Demasiado tarde.
Oí otro PUM... y la puerta se abrió de par en par.

22

Un rayo de luz blanca me obligó a cerrar los ojos, y levanté las manos para cubrirme la cara. Detrás del haz de luz, una figura enorme y oscura se movía pesadamente.

—¡Papá! —exclamé asombrado. Mi padre bajó la luz de la linterna al suelo—. ¡Papá! ¿Qué estabas haciendo ahí? —le pregunté, poniendo voz de pito.

—¿Estáis bien? —inquirió papá, apretando los ojos mientras nos miraba—. ¿Por qué parecéis tan asustados?

—Bueno... eh... verás... —No sabía cómo contárselo y ¡no podía decirle que le habíamos tomado por el monstruo baboso!

—He bajado para comprobar los interruptores de la luz —nos explicó, señalando hacia el sótano con la linterna—. No me explico por qué todavía no ha vuelto. —Se rascó la cabeza.

—Le buscábamos —explicó Alex—. Le llamamos desde aquí arriba para ver si estaba en el sótano.

—Me acerqué a casa de la señora Hawkins para ver cómo estaba tu madre y luego fui al cuarto trasero del sótano —respondió él—. Supongo que no os debí oír. —Meneó la cabeza—. Qué tormenta tan rara. Se desató de repente y luego amainó de golpe, como si alguien la hubiera encendido y apagado.

Alex y yo nos miramos.

—Sí, muy extraña —asintió Alex.

—Esto... ¿papá? —empecé a decir tras respirar hondo. Mi padre dirigió la luz hacia mis pies.

—Dime, Zackie.

—Papá..., mientras estabas en el sótano... ¿había algo más

contigo?

Mi padre arqueó las anchas cejas y clavó su mirada en la mía.

—¿Cómo dices?

—¿Has visto algo raro ahí abajo? ¿Has oído algo raro?

—Pues no, nada —respondió, moviendo la cabeza. Sus ojos se clavaron en los míos—. ¿Es que tienes miedo, Zackie? Ya sé que estar a oscuras como ahora no te hace mucha gracia. ¿Quieres quedarte un rato conmigo?

—No. Estoy bien, de veras —insistí—. Me preguntaba si...

Papá pasó por nuestro lado y se dirigió a la cocina.

—Voy a llamar a la compañía eléctrica —anunció—. Ya deberían haber reparado las líneas.

Vi cómo se iba hacia el pasillo. El rayo blanco de luz avanzaba delante de él mientras yo mantenía en alto mi vela, iluminando la puerta del sótano.

—Supongo que esta vez la máquina de escribir no ha funcionado —sugerí a Alex—. No hay monstruo baboso que valga.

—¡Bajemos a comprobarlo! —replicó.

—¿Eh? —Me alejé de la puerta abierta que daba al sótano—. ¿Estás loca?

—Tenemos que saber si la vieja máquina de escribir tiene poderes o no —respondió Alex—. No nos queda otra elección, Zackie. Tenemos que registrar el sótano.

—Pero... pero...

Alex se adelantó y bajó los dos primeros escalones. Luego se volvió y me preguntó:

—Bueno, ¿vienes o no?

23

¿Tenía otra opción?

No.

Para empezar, yo llevaba la vela. No podía dejar que Alex bajase sola... completamente a oscuras. Vacilé. El corazón me latía como loco y tenía la boca seca como la arena del desierto.

—Papá ha dicho que no oyó nada —intenté escabullirme—, así que no hay razón alguna para que bajemos.

—Eso es una excusa barata y tú lo sabes. —Alex replicó mis palabras y bajó otro escalón—. ¿Bajo sola?

Obligué a mis piernas de goma a moverse.

—No, espera. Voy contigo —acepté.

Puse el pie en el primer peldaño.

—Pero sólo nos quedaremos abajo un segundo, ¿vale?

—Nos quedaremos lo suficiente para ver si hay un monstruo baboso escondido —respondió ella.

—Esperando carne fresca —añadí en silencio.

Tropecé con el siguiente escalón, pero me sujeté a la barandilla. La vela titubeó, pero no llegó a apagarse.

El sótano se abría frente a nosotros como una mina negra. Ambos llegamos al final de la escalera y escuchamos.

Silencio absoluto.

Al levantar la vela, distinguimos unas pilas de cartones y detrás de éstos vi los dos armarios de madera donde papá y mamá guardaban la ropa de invierno.

—El monstruo baboso podría estar escondido tras esas pilas de cartones tan altas —susurró Alex—. O en los armarios.

Tragué saliva haciendo ruido.

—Alex, dame un respiro, ¿quieres? —susurré yo.

Nos dirigimos despacio hacia las montañas de cartones. Levanté la vela y echamos un vistazo detrás de la primera pila. No había nada.

—¿Podemos irnos ya? —imploré.

Alex puso los ojos en blanco.

—¿No quieres descubrir la verdad? ¿No quieres saber si tu máquina de escribir tiene poderes o no?

—No, creo que no —susurré.

Alex no me hizo caso, me quitó la vela de la mano y se dirigió hacia la segunda pila de cartones.

—¡Eh, devuélveme eso! —grité.

—Eres demasiado lento —se quejó Alex—. Quédate detrás de mí. Estarás bien.

—No, no estoy bien —insistí—. Quiero volver arriba.

Alex se movió rápidamente entre las pilas de cartones. Tenía que apresurarme para no perderla.

Nunca me había gustado el sótano. De hecho, me daba miedo incluso a la luz del día. Yo ya sabía que no había nada que temer, pero a veces, aunque te lo repitas a ti mismo, no te sirve de mucho.

—Alex —susurré—. ¿Podemos...?

Me callé cuando oí aquel ruido. Algo o alguien picaba suavemente contra la pared...

Tut... tut... tut... tut...

Era un sonido tan continuo y uniforme como un latido.

Alex se había alejado de mí. La vi caminar con rapidez hacia la habitación donde estaba la lavadora.

—¡Alex...! —La perseguí a través del sótano tan rápido que tropecé con ella.

—¡Eh, cuidado! —exclamó.

—¡Alex..., está aquí! —grité—. ¡Está aquí! ¡Esta vez sí! ¡Escucha! ¿Lo oyes?

24

La sangre se nos heló a los dos.

Aquel sonido rítmico y continuo provenía de una pared lejana.

Tut... tut... tut... tut...

—¿Lo oyes? —susurré.

Alex asintió con la cabeza. Se había quedado boquiabierto de asombro. Sujetaba el candelero con ambas manos.

Tut... tut...

—¿Qué vamos a hacer? —volví a musitar.

—Espera carne fresca —murmuró Alex.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! —gruñí—. No hace falta que me lo repitas. —Le tiré del brazo—. Vamos, tenemos que decírselo a mi padre.

Miré hacia la escalera a través de la oscuridad. Los escalones parecían estar a miles de kilómetros.

—Nunca lo conseguiremos —desistí, atragantándome—. Tenemos que pasar corriendo al lado del monstruo antes de llegar a las escaleras.

Tut... tut...

—¿Qué opciones tenemos? —contestó Alex—. Escoge una, Zackie. Primera opción: nos quedamos aquí. Segunda: nos largamos.

Llevaba razón, por supuesto. Teníamos que salir pitando y quizá, si corríamos lo suficiente, cogeríamos al monstruo por sorpresa y, con un poco de suerte, la criatura sería demasiado grande como para correr rápido.

Tut... tut... tut...

—¡Ahora! —instó Alex—. Yo iré primero porque llevo la vela.

—Mmm... ¿Podemos correr a la vez? —pregunté en voz baja.

Ella asintió con la cabeza y, sin cruzar más palabras, despegamos.

25

Los zapatos golpeaban el suelo de cemento del sótano. Hice todo lo posible para mantenerme al lado de Alex. ¡Las piernas me dolían como si estuviera corriendo cuesta arriba!

—¡Uaaaa! —grité cuando las luces se encendieron. Sorprendidos, ambos dejamos de correr. Parpadeé un montón de veces hasta que mis ojos se acostumbraron a la brillante luz del sótano.

Tut... tut...

Nos volvimos hacia a la pared para ver al monstruo baboso y la mirada se nos quedó clavada en una mano de color blanco pálido que golpeaba la pared debajo de la ventana abierta del sótano.

¿Una mano?

—¡Es... es un guante de plástico! —exclamó Alex.

—Es uno de los guantes que papá utiliza para trabajar en el jardín —aclaré.

Papá suele dejar los pesados guantes de jardinería en la repisa de la ventana. Uno de ellos colgaba de un clavo y el viento no dejaba de golpearlo contra la pared.

Alex se echó a reír primero y luego me tocó a mí. La sensación de reír a mandíbula batiente era magnífico, como también era fantástico saber que en el sótano no se escondía ningún monstruo baboso. ¡Qué alivio!

Alex y yo subimos las escaleras contentos y al llegar arriba, ella se fue hacia la entrada.

—¡Gracias por una velada tan entretenida! —exclamó, queriendo provocarme—. ¡Ha sido mejor que ver una película!

Hasta mañana.

Estaba a punto de salir cuando se volvió y me dijo:

—Definitivamente, esta noche nos hemos dejado llevar un poco, Zackie. Me refiero a la vieja máquina de escribir.

—Sí, supongo que sí —admití—. No tiene poderes especiales y no ha hecho que aparezca ningún monstruo baboso en el sótano. Además, las luces se han vuelto a encender sin que yo tuviera que escribir ni una sola palabra.

—La máquina de escribir no ha provocado nada de lo que ha sucedido esta noche. Todo ha sido una pura coincidencia —se tranquilizó Alex.

—¡Ooooh..., qué gran palabra! —me reí de ella, y Alex cerró la puerta de golpe.

—¿Haces algo en especial, Zackie? —preguntó mamá.

—Pues no.

Era sábado por la tarde y estaba haciendo el vago. Tenía un montón de deberes del colegio, de modo que me había echado en el sofá, mirando al techo, buscando excusas para no ponerme a trabajar.

—¿Puedes ir a la tienda a comprar? —me pidió—. Los Enderby vienen a cenar esta noche y necesito un par de cosas.

Me tendió un trozo de papel.

—La lista es corta.

—Vale —asentí, y me levanté del sofá.

«Quizá pueda añadirle algunas cosas —pensé mientras tomaba la lista de su mano—, como unos cuantos caramelos o un paquete de palomitas para microondas... Me encantan las palomitas».

—Ve en bici, ¿vale? —sugirió mamá—. Me corre un poco de prisa, así que vuelve derecho a casa, ¿me has oído?

—Vale —repetí. Me metí la lista en el bolsillo trasero de los tejanos y fui hacia el garaje, donde tenía la bici.

El sol de la tarde brillaba con fuerza. El aire era caliente y seco, más típico del verano que de la primavera.

Me monté en la bici y pedaleé de pie calle abajo. Giré en dirección a la ciudad y me senté, pedaleando rápido y sin manos.

Unos cuantos minutos después apoyaba la bici contra la pared de ladrillos de Jack's, una carnicería en que también se puede encontrar fruta y verdura.

La campanilla que había sobre la puerta de cristal sonó cuando entré. La señora Jack estaba en el sitio de siempre, con los codos en el mostrador y al lado de la caja registradora.

La señora Jack es una mujer voluminosa, con el pelo color platino y mucha cháchara. Se pinta los labios de carmín y lleva unos pendientes largos. Se muestra muy amable con todo el mundo... menos con los niños.

Odia a los niños. Supongo que cree que sólo vamos a su tienda para robar. Cuando un niño entra, ella lo sigue por los pasillos y no lo pierde de vista ni un solo momento.

Cerré la puerta detrás de mí y busqué la lista de la compra en el bolsillo trasero.

La señora Jack tenía el periódico abierto sobre el mostrador, delante de ella. Levantó los ojos lentamente y me dedicó una mueca de asco.

—¿Qué quieres? —murmuró.

Moví la lista en el aire.

—Vengo a comprar un par de cosas para mi madre.

La señora Jack me quitó la lista de la mano y le echó un vistazo. Después me la devolvió con un gruñido.

—El atún está al fondo, abajo de todo —me informó.

—Gracias.

Tomé un cesto y corrí hacia el fondo de la tienda, donde un enorme aparato de aire acondicionado hacía un ruido espantoso. Delante de él había un ventilador que refrescaba el estrecho pasillo.

No me costó nada encontrar el atún y puse dos latas en el cesto.

El largo y blanco mostrador de la sección de carnicería se extendía delante de mí. Tras el cristal había trozos de carne roja perfectamente alineados. Al lado del mostrador, un enorme pedazo de carne de ternera colgaba del techo.

«¡Es grandísimo!», pensé.

Parecía una ternera entera a la que hubiesen arrancado la piel y colgado boca abajo. ¡Qué asco!

Quise darme la vuelta y perder a la ternera muerta de vista cuando el animal se movió. Se balanceó a la derecha y luego a la izquierda. Me quedé observándola alucinado. La ternera volvió a mecerse, primero a la derecha y luego, de nuevo, a la izquierda.

Miré cómo el animal se balanceaba a ambos lados, colgado de la

cuerda, y entonces oí una voz áspera que susurraba:

—Carne fresca... Carne fresca...

26

—¡Uuaaa! —solté un grito, mirando atónito cómo la carne de ternera se balanceaba lentamente a derecha e izquierda.

—Carne fresca... —volvió a susurrar aquella voz áspera—. Carne fresca...

—¡No! —exclamé.

Dejé caer el cesto de la compra y empecé a retroceder. Volví a gritar cuando Adam se levantó y salió de detrás del mostrador. Tenía una sonrisa burlona de satisfacción en el rostro.

—Carne fresca... —susurró, y se echó a reír. Annie y Emmy también salieron de detrás del mostrador, soltando una risita y moviendo la cabeza.

—¡Genial! —exclamó Annie.

—¡Zackie, estás rojo como un tomate! —rió su hermana.

La cara me ardía. Me moría de vergüenza; ¿cómo había podido dejarme engañar por una broma tan tonta?

Ahora sabía que en la escuela contarían a todo el mundo que un pedazo de carne de ternera me había dado un susto de muerte.

—¿Qué haces aquí? —grité.

—Te vimos montado en tu bici —respondió Adam—, y te seguimos hasta aquí. ¿No nos viste? Estábamos justo detrás de ti.

—¡Aaarrgg! —solté un grito furioso y cerré los puños.

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí? —oímos cómo la voz áspera de la señora Jack sacudía las estanterías—. Niños, ¿qué hacéis?

—¡Nada! —contesté en voz alta—. ¡Ya... ya he encontrado el atún!

Me volví hacia Adam y las gemelas.

—Dejadme en paz —murmuré.

Por alguna razón, aquello les debió de parecer gracioso porque se echaron a reír y entrechocaron las manos. Entonces Adam estiró los brazos hacia el frente como si fuese un sonámbulo y empezó a caminar hacia mí con las piernas rígidas a través del pasillo en mi dirección.

—¡Estoy bajo tu control, Zackie! —exclamó, imitando la voz de una máquina—. Estoy en tu poder.

Se tambaleó hacia mí como un muerto viviente.

—Tu máquina de escribir me controla, Zackie. ¡Estoy bajo su poder! ¡Soy tu esclavo!

—¡Adam..., no haces gracia! —exclamé.

Las chicas soltaron una risita. Cerraron los ojos, estiraron los brazos hacia el frente y también se pusieron a caminar hacia mí.

—Estamos en tu poder —afirmó Emmy con voz monótona.

—Controlas todos nuestros movimientos —añadió Annie.

—¡No le veo la gracia! —grité furioso—. ¿Por qué no os perdéis..., payasos?

Me volví y vi que la señora Jack se acercaba con la cara tan roja como su pintalabios.

—¿Qué estáis haciendo? —vociferó—. ¡Esto no es un salón de recreo!

Adam y las chicas bajaron los brazos automáticamente. Annie y Emmy retrocedieron hasta el mostrador de la carne.

—¿Vais a comprar algo? —inquirió la señora Jack, resoplando por el largo trecho que había recorrido desde la caja registradora—. Si no queréis comprar nada, ya os podéis largar. Idos al parque.

—Ya nos vamos —murmuró Adam, que no podía salir del pasillo porque la señora Jack obstruía el paso, así que se largó por el pasillo de al lado. Annie y Emmy corrieron detrás de él. La señora Jack se me quedó mirando.

—Ya... ya casi he terminado —tartamudeé. Recogí el cesto y busqué la lista de la compra, pero no la encontré. En cualquier caso, eso no fue ningún problema porque me acordaba de todo lo que había escrito.

Mientras ponía en el cesto lo que me faltaba, la señora Jack me vigilaba; luego me acompañó hasta la caja. Pagué y salí de la tienda a toda prisa. Estaba tan enfadado con Adam y las chicas que me

olvidé por completo de los caramelos.

«Se pasan todo el tiempo riéndose de mí. Siempre están gastándome bromas pesadas y haciéndome quedar como un tonto. Siempre. Siempre, ¡y ya estoy harto! ¡Estoy hasta el gorro! ¡Harto, harto, harto!», refunfuñé para mis adentros durante todo el camino a casa. Salté de la bici y dejé que se estrellara en la calle. Entré en casa corriendo y dejé la bolsa de la compra en la encimera de la cocina.

«¡Harto, harto, harto!».

Llegué a la conclusión que si no lograba calmarme, me volvería loco.

Corrí a mi habitación y puse una hoja en blanco en la vieja máquina de escribir. Me dejé caer en la silla del escritorio y comencé a escribir con rabia.

Era la tercera historia sobre el monstruo baboso, la más terrorífica de todas.

Tecleé tan rápido como pude, sin pensar. Dejé que la rabia pensara por mí. No escribí a mano primero, ni planifiqué la historia. No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir. Sencillamente, me incliné sobre la máquina de escribir y empecé a teclear.

En mi historia el feo monstruo baboso de color rosa ataca a toda la ciudad. La gente grita, corre en todas direcciones, escapa para salvar su vida. Dos policías se adelantan para luchar contra el monstruo, pero éste abre su enorme boca... ¡y se los traga enteros!

Los gritos de terror inundan las calles de la ciudad. ¡El enorme monstruo baboso se come vivo a todo el mundo!

—¡Sí! —exclamé en voz alta—. ¡Sí! Aquella historia era mi venganza contra todos, contra la ciudad entera.

—¡Sí!

Era la historia más emocionante y terrorífica que había escrito. Llené hoja tras hoja.

—¡Zackie..., te has olvidado algo! —llamó una voz.

Comencé a escribir aquellas palabras en mi historia, pero luego me di cuenta de que era la voz de mamá.

Dejé de escribir con la respiración entrecortada y encontré a mamá apoyada en la puerta, moviendo la cabeza en actitud descontenta.

—Tienes que volver a la tienda —me informó—. Te has olvidado

de comprar la barra de pan. Necesitamos pan para la cena de esta noche.

—Lo siento —respondí.

Eché un vistazo a mi historia y suspiré: Iba muy bien y me lo estaba pasando en grande. Decidí que seguiría escribiendo tan pronto como regresara de la tienda.

Mamá me dio más dinero y me monté en la bici, que había abandonado en la calle. Mientras pedaleaba en dirección a la ciudad, pensaba en la historia del monstruo baboso y me convencí de que era la mejor historia que jamás había escrito. Me moría de impaciencia por leérsela a Alex.

Oí un ruido de pasos en la acera. Un hombre trajeado pasó corriendo por mi lado. Corría tan deprisa que ni siquiera pude verle la cara.

«¿Qué le pasará? —me pregunté—. ¡Va demasiado elegante para salir a correr!».

—¡Uaaa! —Tuve que girar bruscamente hacia el bordillo de la calle porque una furgoneta azul casi se me echa encima. La conductora tocó el claxon y, frenética, me hizo señas. Las ruedas de la furgoneta chirriaron al doblar la esquina.

«Todo el mundo tiene prisa», me dije.

Después, oí un grito de hombre.

Pedaleé más rápido. Estaba a una manzana de la ciudad y podía ver el toldo encima de la entrada de la tienda de Jack's en la esquina. También vi a dos personas que pasaban corriendo por delante del comercio. Corrían que se las pelaban, agitando las manos.

Detuve en seco la bicicleta al oír otro grito.

—¡Cuidado! —chilló alguien.

—¡Corred! ¡Avisad a la policía!

Dos chiquillos pasaron por mi lado. Uno de ellos sollozaba.

—Eh..., ¿qué ocurre? —les pregunté, pero siguieron corriendo y no contestaron.

Volví a pedalear, esta vez de pie. Me incliné hacia delante, por encima del manillar, intentando averiguar a qué venía tanto alboroto.

Cuando llegué a la ciudad, la gente bajaba la calle corriendo. Los cláxones de los coches no dejaban de pitar y la gente chillaba.

—Eh..., ¿qué ocurre? —pregunté—. ¿Es que hay un incendio o algo así? Eh..., que alguien me diga qué ocurre... Que alguien...

Entonces vi qué ocurría; abrí la boca en un grito ensordecedor de terror y me caí de la bici.

27

«¡Au!».

Aterricé en seco sobre mi costado derecho. La bici se me cayó encima y el manillar me golpeó en el cuello. Un hombre pasó corriendo.

—¡Huye, niño! —gritó—. ¡Huye! ¡Aléjate!

Aparté la bici y me puse en pie. El corazón me latía como loco. Me sacudí el polvo y observé boquiabierto al enorme monstruo baboso rosa que palpitaba en la esquina.

—¡Uaaaa! —grité aterrorizado.

Me di cuenta de que el monstruo era idéntico al que yo había descrito en mi historia: una especie de enorme corazón humano lleno de babas, de color rosa y mojado, con ojos pequeños de color negro y venas lilas abultadas en la cabeza, y una boca que le nacía en la barriga. El monstruo palpitaba y palpitaba...

—¡Es... es mi monstruo! —exclamé.

Dos niñas pequeñas me miraron frunciendo el entrecejo mientras su madre se las llevaba a rastras. La reconocí: era la señora Willow, nuestra vecina de enfrente.

—¡Zackie, corre! —gritó arrastrando a las niñas, una a cada mano—. ¡Es un monstruo espantoso!

—Ya lo sé —murmuré.

Arrastró a sus hijas por la calle, pero yo no la seguí. Respiré hondo y empecé a caminar en dirección al monstruo baboso palpitante.

«Yo he escrito esto —caí en la cuenta—. Antes de bajar a la ciudad ideé esta escena. Escribí que el monstruo baboso atacaba la

ciudad entera. Me juego un brazo a que sé qué pasará después».

A medida que me aproximaba veía el rastro de baba espesa que el monstruo iba dejando a su paso. La barriga estaba abierta y vi la lengua morada que se balanceaba de un lado para otro. Cuanto más cerca estaba, más me temblaban las piernas.

La gente chillaba y corría, los coches y las camionetas aceleraban como locos tocando el claxon. Todo el mundo huía desesperado a toda velocidad, pero yo no me podía ir. No podía apartar los ojos del monstruo.

«¡Yo te he creado! —pensé aterrorizado, intrigado y alucinado..., todo al mismo tiempo—. ¡Yo te he creado! ¡Yo he escrito esta historia!».

El monstruo baboso me miró con sus pequeños ojos negros. ¿Sabía, acaso, quién era yo? ¿Sabía que yo lo había creado?

Mientras lo contemplaba asombrado, su boca se abrió más y más. Hacía un ruido espantoso, como si estuviera chupando algo, y la lengua morada rozaba los lados de la boca.

Con una baba espesa y amarillenta que le caía por la boca, el monstruo baboso avanzó hacia delante. La lengua morada se me echó encima.

—¡Eh! —grité e intenté retroceder. La lengua caliente y pegajosa me rodeó una pierna y comenzó a arrastrarme hacia aquella boca abierta y babosa.

—¡Suéltame! —ordené, pegando patadas a la lengua tan fuerte como podía—. ¡Socorro!

Dos policías vestidos de oscuro saltaron delante de mí con las porras en alto y se pusieron a golpear con ellas a la criatura palpitante.

PLOP, PLOP, PLOP.

A cada golpe, las porras hacían un delicado «plop».

El monstruo baboso profirió un gorjeo desagradable y su lengua me soltó la pierna.

—¡Corre! —gritó uno de los policías—. ¡Huye!

Las piernas me temblaban tanto que casi me caigo. Aún podía sentir la lengua caliente y babosa enredada en mi pierna.

Tropecé hacia atrás y vi horrorizado que el monstruo baboso abría la boca de par en par. La enorme lengua morada se movió alrededor de ambos policías, quienes la golpearon con sus porras.

La empujaron, intentando liberarse para luchar sin problemas, pero la lengua apretaba, se enroscaba con fuerza a su alrededor... y los arrastró en dirección a la enorme boca abierta en la barriga de la criatura.

Se los llevó hacia dentro, y luego la boca se cerró de golpe con un sonido asqueroso.

—¡No! ¡Nooooo! —imploré.

En aquel momento deseé dar puñetazos al monstruo hasta que se derritiera en el suelo.

—¡Es culpa mía! —grité.

Había ideado la escena de los policías. Todo estaba en la historia que acababa de inventar. Había escrito que el monstruo baboso los devoraba a los dos y ahora... ¡se había hecho realidad!

Mi historia de miedo se había convertido en realidad. Hasta la última escena.

El monstruo baboso soltó un sonido asqueroso a medida que digería su comida humana. Mientras tragaba, sus pequeños ojos negros se clavaron en los míos.

«¿Y ahora qué pasaba? ¿Y ahora qué pasaba en la historia?», me pregunté.

Temblando de pies a cabeza, con el corazón a cien por hora, me esforcé en pensar.

«¿Y ahora qué ocurría?».

Entonces... petrificado... recordé lo que había escrito.

¡El monstruo baboso me seguía hasta casa!

28

El monstruo baboso engulló por última vez y luego abrió la boca para soltar un eructo gaseoso y vomitivo.

Mareado por el olor agrio, retrocedí.

«Tengo que pensar en algo —me dije—. Tengo que detener a este monstruo o seré el siguiente a quien se zampe».

El monstruo baboso empezó a deslizarse hacia delante, mojando la acera a su paso.

Sabía que no podía quedarme ahí ni un segundo más. Me di la vuelta y obligué a mis piernas de goma a echar a correr. Levanté la bici del suelo, salté encima del sillín y comencé a pedalear antes de encontrar el equilibrio, por lo que estuve a punto de chocar contra un muro de ladrillos.

Hice lo imposible para darme la vuelta y calmarme lo suficiente para poder llevar la bicicleta. Al fin conseguí alejarme de allí a golpe de pedal, gruñendo a cada empujón que daba con el pie.

Salí a toda velocidad de la ciudad. Mientras recorría la segunda manzana, miré hacia atrás.

Tal como había escrito, el monstruo baboso me perseguía, avanzando rápidamente por el pavimento. Las venas moradas en lo alto de su cabeza avanzaban con la criatura y detrás de él, el rastro de baba en la calle se volvía cada vez más espeso.

«¡Es muy rápido! —advertí—. ¡No hay manera de darle esquinazo!».

«¿Y ahora qué pasaba en mi historia?».

—¡Oh, no! —exclamé al recordar lo que había escrito. ¡Ahora es cuando me caigo de la bici!

¡Ayyy!

La rueda delantera chocó contra una piedra y yo salí disparado por encima del manillar, por lo que aterricé de nuevo en el suelo.

Levanté la bicicleta por segunda vez y me puse en pie. Me volví para ver cómo el monstruo baboso me alcanzaba, avanzando rápidamente por la calle con la boca abierta, estirando la lengua..., viniendo a por mí.

Me di la vuelta... y choqué con Alex y Adam.

—¡Corred! ¡No os quedéis ahí! —chillé—. Se nos va a echar encima.

—Zackie..., ¿estás bien? —preguntó Alex.

—¡No hay tiempo para preguntas! —exclamé mientras los empujaba—. ¡Corred! ¡El monstruo baboso es real! Yo lo creé... ¡y ahora está haciendo todo lo que escribí en mi historia!

Adam se echó a reír y se dio la vuelta hacia el monstruo.

—¿Me tomas por tonto, Zackie? Esto no es más que una broma, ¿verdad? ¿Qué es eso, una especie de pelota de playa?

Intenté sujetarlo, pero se me escapó y se puso a correr en dirección al monstruo.

—¡Sí, es una especie de balón de playa gigante! —repitió Adam con una sonrisa burlona.

La lengua morada del monstruo se deslizó rápidamente alrededor de la cintura de Adam, lo arrastró con facilidad hacia la boca y se lo tragó con un glup asqueroso.

Alex y yo nos pusimos a gritar. Ella se volvió hacia mí.

—¿Tú has escrito eso? —inquirió con voz temblorosa.

Asentí con la cabeza.

—Sí, es mi historia —confesé.

Alex me tiró del hombro.

—¿Y qué pasa luego? Dime, ¿qué pasa luego?

—No... no lo sé —tartamudeé—. ¡Ahí es donde dejé de escribir!

29

Alex y yo no habíamos corrido tan rápido en nuestra vida. Cuando llegamos a mi casa, la cabeza me martilleaba y me dolía el costado. Tragamos aire con dificultad mientras yo abría la puerta.

—¿Hay alguien en casa? —grité—. ¿Mamá? ¿Mamá?

No obtuve respuesta. Debía de haber salido. Me di la vuelta y vi que el monstruo baboso irrumpía en el jardín de Alex.

—¡No hay tiempo! —dije a Alex a gritos—. ¡No hay tiempo, deprisa!

Se metió en la casa, di un portazo y cerré la puerta con llave. Fui a mi habitación dando tumbos, sujetándome el costado que me dolía, obligando a mis piernas a moverse.

Me sequé el sudor de la frente con el brazo, me dejé caer en la silla que había delante del escritorio y, acerqué las manos a las teclas de la máquina de escribir.

Alex me siguió a toda prisa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, casi sin aliento.

—Ahora no tengo tiempo para contártelo —le respondí con un nudo en la garganta.

Oí cómo alguien aporreaba la puerta de entrada, y luego un CATACRAAACC espeluznante sacudió la casa. Sabía que aquel enorme amasijo de baba rosa había echado la puerta abajo.

—¡No hay tiempo! ¡No hay tiempo! —exclamé, y empecé a teclear furioso—. Voy a escribir un final. Voy a escribir que el monstruo desaparece, que nunca existió, y que Adam y los dos policías están a salvo.

ESQUISSSSH... ESQUISSSSH...

Alex y yo oímos boquiabiertos el viscoso cuerpo del monstruo muy cerca, moviéndose con rapidez por el pasillo hacia nosotros.

Sabía que sólo disponía de unos pocos segundos para escribir el final de mi historia.

ESQUISSSSH...

La criatura estaba al otro lado de la puerta de mi habitación. Conteniendo la respiración, aporreé las teclas de la máquina con tanta fuerza y tan rápidamente como pude, hasta que...

—¡Nooo!

—¿Qué ocurre? —gritó Alex.

—¡Las teclas se han atascado!

Ambos volvimos a gritar cuando el monstruo baboso entró en la habitación.

30

El cuerpo del monstruo baboso subía y bajaba. La criatura jadeó. Todo su cuerpo botaba y baba blanca caía al suelo formando un charco a su alrededor.

El tajo de aquella boca en medio de su barriga se abría y se cerraba, se abría y se cerraba. Su lengua morada lamió la boca, al tiempo que sus ojos se entrecerraron, escudriñándome.

Alex se quedó sin respiración y retrocedió hacia la pared.

—¡Zackie, por lo que más quieras, escribe el final! —gritó sin aliento—. ¡Haz desaparecer a esa cosa!

—¡No puedo! —exclamé. Pulsé las teclas frenéticamente—. ¡Están atascadas! ¡No consigo soltarlas!

—¡Zackie..., por favor! —suplicó Alex.

Entonces fue cuando contemplé cómo aquella enorme lengua morada saltaba y se desenrollaba de la barriga del monstruo baboso como si fuese una manguera.

—¡Nooooo! —Abrí la boca en un grito de terror cuando la lengua atravesó la habitación y vino a por mí...

A por mí... ¡No!

La lengua se enroscó alrededor de la máquina de escribir y la levantó sin ningún esfuerzo. Intenté sujetada con ambas manos, pero se me escapó y mis manos se deslizaron por la lengua, que estaba muy caliente. Era ardiente y pegajosa.

La lengua comenzó a retroceder, disparada como una goma elástica, y se llevó la máquina a la boca, abierta de par en par. Aterrorizado, vi que la criatura se la tragaba de un solo bocado. Me levanté de un salto de la silla y me puse al lado de Alex. Ambos

apoyamos la espalda contra la pared y contemplamos indefensos cómo el monstruo palpitaba y soltaba un jadeo, digiriendo la máquina de escribir.

—¡Esto es el fin! —murmuró Alex—. La máquina de escribir... ha volado. Ahora ya no hay manera de destruir al monstruo.

—¡Espera! —exclamé—. ¡Tengo una idea!

31

Regresé al escritorio y revolví la mesa.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Alex.

El monstruo baboso soltó un gorjeo mientras digería mi máquina de escribir. Su cuerpo subía y bajaba en el charco de babas que había dejado en la alfombra.

—¡La pluma! —le dije a Alex—. La pluma...

Abrí el cajón del escritorio y vi la vieja pluma. La saqué del cajón y lo cerré de golpe. La levanté para mostrársela a Alex.

—La vieja pluma que me dio aquella mujer. Quizá tenga los mismos poderes que la máquina de escribir. Quizá pueda escribir un final con la pluma... ¡y hacer que el monstruo baboso desaparezca!

—¡Deprisa...! —me advirtió Alex.

El gorjeo de la criatura había cesado y la lengua morada volvió a salir disparada.

Tomé una hoja en blanco y me incliné sobre la mesa. Saqué el capuchón de la pluma y acerqué la plumilla al papel.

—El...

Escribí una palabra... y noté cómo algo húmedo y caliente se me pegaba en la cara. La enorme lengua morada se deslizó por mi rostro.

—¡Puaj! —grité y dejé caer la pluma.

Me llevé la mano a la mejilla. Estaba llena de babas calientes y pegajosas. El estómago se me retorció.

La lengua abrazó la vieja pluma y la llevó a la boca del monstruo baboso.

—¡Nooooo! —gritamos Alex y yo al mismo tiempo.

La criatura se tragó la pluma y empezó otra vez con sus gorjeos digestivos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alex susurrando—. ¿Qué podemos hacer? ¡Los próximos a quienes se comerá seremos nosotros!

Me puse en pie de un salto. La silla se volcó. Me alejé del escritorio, con los ojos clavados en la puerta.

—¡Corramos! —exclamé.

Alex no se movió.

—No podemos —suspiró—. Esa cosa... nos bloquea el paso. Nunca lo conseguiremos.

Tenía razón. El monstruo baboso soltaría la lengua y nos arrastraría sin dificultad hacia su boca babeante.

—¡Intentémoslo por la ventana! —grité desesperado. Ambos nos volvimos hacia la ventana. Imposible. Estaba cerrada con pestillo para que el aire acondicionado no se escapase.

—Esto es el fin —susurró Alex—. El fin.

Nos dimos la vuelta hasta quedar de cara al monstruo rosa y palpitante; entonces se me ocurrió otra idea.

—Alex, ¿recuerdas cuando Adam escribió algo con la máquina de escribir y no se convirtió en realidad?

Ella asintió con la cabeza sin apartar la mirada del monstruo.

—Sí, me acuerdo. ¿Y qué?

—Bueno... —continuó—, tal vez sea yo quien tiene el poder; quizás el poder no esté ni en la máquina de escribir ni en la pluma. Quizás el poder entró en mí aquella noche en la tienda de antigüedades, cuando me pasó la corriente.

Alex tragó saliva con dificultad.

—Quizá...

—¡Quizá yo lo haya tenido durante todo este tiempo! —grité emocionado—. Lo único que tengo que hacer es pensar en lo que quiero que ocurra... y se convertirá en realidad. No necesito escribirlo ni a mano ni a máquina.

¡Tan sólo tengo que pensarlo!

—Quizá... —repitió Alex. Comenzó a decir algo más, pero de pronto el monstruo baboso avanzó hacia nosotros, deslizándose por la moqueta, y disparó la lengua en nuestra dirección.

—Ohhhh... —murmuró Alex, y volvió a retroceder hasta la pared.

La enorme lengua le lamió un brazo y dejó una espesa mancha de baba pegajosa en su piel.

—¡Piensa rápido, Zackie! —instó Alex.

La lengua se dobló y empezó a enroscarse alrededor de ella.

—¡Hazlo desaparecer! —suplicó Alex—. ¡Piensa! ¡Vamos, piensa!

El terror me paralizó cuando vi a Alex envuelta en la lengua, que la levantó del suelo.

La chica agitaba brazos y manos, y pataleaba chillando. Retorciéndose frenéticamente, Alex rodeó la lengua pegajosa con las manos y empujó con todas sus fuerzas, pero la asquerosa lengua la oprimía cada vez más, sujetándola en su apretón baboso.

Cerré los ojos. «¡Piensa! —me ordené—. ¡Concéntrate y piensa! Piensa que el monstruo baboso ha desaparecido. Desaparecido... Desaparecido... Desaparecido...».

Contuve la respiración y me concentré tanto como pude.

¿Funcionaría?

32

«El monstruo ha desaparecido. —Eso fue lo que pensé—. El monstruo ha desaparecido... desaparecido... desaparecido...».

Recité aquella palabra en silencio mil veces, y luego volví a abrir los ojos.

Alex estaba en medio del suelo con una expresión de sorpresa en su rostro...

—¡Ha... ha funcionado! —exclamó, atragantándose.

«¡Tengo poderes!», me di cuenta.

Cerré los ojos de nuevo y empecé a pensar.

«Adam ha vuelto —pensé—. Adam ha vuelto».

Abrí los ojos... y ahí estaba Adam, al lado de Alex.

Parpadeó unas cuantas veces y me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Lo tengo! —grité eufórico—. ¡Soy yo quien tiene el poder y no la máquina de escribir!

—¿De qué poder estás hablando? —inquirió Adam—. ¿Qué poder?

Meneé la cabeza.

—Tú no lo entenderías —le dije.

Alex se echó a reír y antes de darme cuenta, yo también me estaba riendo. Solté una risa de júbilo, una risa de alivio.

Los tres nos quedamos ahí de pie, riendo, riendo, riendo... Reímos felices y comimos perdices.

33

—Y bien, ¿qué te ha parecido mi historia?

El monstruo baboso de color rosa limpió las hojas que acababa de leer y las dejó encima del escritorio. Se volvió hacia su amigo, un monstruo baboso con la piel verde.

—¿Tú has escrito eso? —le preguntó éste.

El monstruo baboso rosa soltó un gorjeo de orgullo.

—Sí, ¿te ha gustado?

—Sí —contestó su amigo—. Gracias por leerme tu historia. Es muy emocionante y está muy bien escrita. ¿Qué título le has puesto?

—*El ataque de los humanos* —respondió—. ¿De veras te ha gustado?

—Sí. Los humanos son muy estúpidos —le contestó su amigo—. ¿Sabes la parte que más me ha gustado?

—¿Cuál es?

—Cuando el monstruo baboso se come a Adam. ¡Es muy divertido! —exclamó la criatura verde—. Sin embargo, hay algo en tu historia que no me acaba de convencer.

El monstruo baboso rosa se hinchó y se deshinchó. Las venas en lo alto de su cabeza se volvieron de un morado más oscuro.

—¿Qué es lo que no te acaba de convencer? Dime, ¿qué es?

—Verás... —contestó su amigo verde—. ¿Por qué el final es tan triste? No me gusta ni pizca cuando el humano cierra los ojos y el monstruo baboso desaparece. Es muy triste.

—¿Tú crees? —preguntó el monstruo rosa, mirando pensativo las hojas.

—Sí. Deberías escribir un final feliz. A todo el mundo le gusta los finales felices.

El monstruo rosa recuperó su historia del escritorio.

—Tienes razón. Cambiaré el final. ¡Haré que el monstruo baboso se los coma a todos!

—¡Genial! ¡Me encanta! —exclamó su amigo—. ¡Éste sí que es un final de película!